LIBRO III

Pluralidad primitiva de las lenguas y de los cultos

XVI

Ciencia del lenguaje y poligenismo.

No es cosa rara en la ciencia que se establezcan dos hipótesis en terrenos vecinos; que dos enigmas científicos, resueltos de una manera hipotética, sirvan recíprocamente de clave para la solución definitiva de la una y de la otra. Creemos poder demostrar que existe una relación de este género entre la cuestión del poligenismo y la cuestión del origen de las lenguas.

Comencemos por hacer constar que, en estos dos dominios, el espíritu humano sigue, para llegar al conocimiento de la verdad, una marcha paralela y análoga. Del mismo modo que en la antropología el monogenismo ha reinado en un principio, en la ciencia del lenguaje, el monofiletismo ha reinado el primero. Se puede, por lo demás, explicar este hecho diciendo que es una consecuencia del otro.

Existía la persuasión de que todas las lenguas se derivaban de una lengua primitiva que en otro tiempo había sido hablada por el pueblo primitivo, y se

hacían esfuerzos por encontrar esta lengua primordial. Durante mucho tiempo se creyó reconocerla en el hebreo; era sencillamente otro efecto de la influencia de la tradición bíblica.

Los conocimientos lingüísticos y etnográficos generalizados, la ciencia histórica en progreso y la observación sobre lo vivo en las partes del mundo recientemente descubiertas, dieron por fin el golpe mortal á la hipótesis de la lengua primitiva única, hipótesis que hasta entonces había sido sostenida por obstinados partidarios. En la ciencia del lenguaje, actualmente el polifletismo está menos disputado que en antropología, la doctrina correspondiente, el poligenismo.

• De todos modos, después de no haberlo adoptado más que con lentitud y oscilación, se hacen esfuerzos generales actualmente por limitar su extensión, por reducir al estricto *minimum* el número de lenguas primitivas, por no reconocer más que el más pequeño número posible de fuentes lingüísticas (1).

Se ha desistido de una lengua primitiva única, pero se le ha reemplazado por la idea de *algunas lenguas* primitivas. Se toma un cierto número de idiomas, que en su vocabulario, que en su estructura gramatical, presenta rasgos comunes; se los considera como derivándose los unos de los otros ó de una lengua común, absolutamente como se había hecho descender de una primera pareja las diversas razas de hombres.

Así, por ejemplo, se hace derivar el alemán, el lithuano, el slavo, el celta, el italiano, el albanés, el griego, el iranio, el indio, de una «lengua pri-

(1) P. Schleicher: *Die Deutsche Sprache* pág., 82.

mitiva indogermánica», con la cual se les enlaza mediata ó inmediatamente.

Vamos á exponer las razones que en este dominio igualmente se imponen á nosotros, para convencernos de que, á medida que se sube en la serie de las lenguas y nos aproximamos al origen del género humano más se *aumenta hasta perderse de vista* el número de las lenguas independientes y primitivas, y para forzarnos á admitir que en otro tiempo las hordas humanas tenían á su disposición un número inmenso de lenguas primitivas.

XVII

Cuestión del origen del lenguaje.

La cuestión de la unidad ó pluralidad del origen de las lenguas está íntimamente ligada á la cuestión del origen del lenguaje en general, y no puede ser resuelta más que según la solución de esta última.

En el comienzo de este siglo, Herder se limitó á discutir que el lenguaje fuese de origen divino como lo pretendía el estadista Süssmilch. Actualmente, semejante polémica nos parecería superflua y nos haría el efecto de una controversia escolástica de la peor especie. Se puede llamar divino á todo lo que es natural si se prefiere la primera designación. No despertará, por lo demás, en ninguna persona la idea de intervención de un Dios personal, en el sentido que había que dar á esta palabra tomando á la letra la terminología bíblica.

Después de Herder se planteó la cuestión de un

modo más razonable: en esto no se hizo otra cosa que volver al ejemplo de los filósofos griegos, los cuales la formularon así φυσική ο θητική; naturaleza ο institución humana.

En el fondo era la misma cuestión que se había planteado muchas veces en el dominio político desde fines del siglo^o presente: ésta había sido resuelta por Rousseau y los publicistas de la Revolución francesa en favor del *contrato social*. En la actualidad puede decirse que, en lo que concierne á la política como en lo relativo al lenguaje, existe todavía una etapa que franquear.

«A la producción de raíces lingüísticas precede una obra de la naturaleza, dice Max Müller. Todos los filólogos, actualmente, lo aprueban (1). Desgraciadamente, la palabra «naturaleza», del mismo modo que la voz «primitiva», no explica lo que la cosa es, *no explica ni lo que realmente ha sido*. Si nos decidimos, como generalmente se hace en nuestros días, por «la primordialidad natural» del lenguaje (así como por la del Estado), queda todavía por resolver la cuestión más difícil del problema: ¿cómo hay que representar el *proceso real*, según el cual se ha verificado el nacimiento del lenguaje?

Reconocemos que esta parte del problema es la más difícil; no podemos, sin embargo, comprender que tantos pensadores y filólogos distinguidos la hayan declarado *insoluble*, que hayan considerado el proceso natural del origen del lenguaje como un *misterioso enigma de la creación*, enigma cuya amenidad no podía penetrar ninguna inteligencia humana.

(1) Max Müller: *Vorlesungen über die Wissenschaft der Sprache IX Vorlesung.*

Bopp no toca á este «misterio de las raíces ó de *la causa que ha presidido á la denominación de las nociones fundamentales*», no busca, por ejemplo, por qué la raíz *i* significa *ir* y no *tenerse en pie*, ni por qué el grupo de sonidos *sthe* ó *ste* significa *tenerse en pie* y no *ir*.

Steinthal, tomando los acentos poéticos del poema de Job, dice á cualquiera que pretende determinar la significación inherente á la naturaleza de cada sonido: «¿Estabas tú allí cuando el primer sonido del lenguaje se escapó del pecho del hombre primitivo, hasta entonces mudo? ¿Has comprendido, por ventura, ese sonido?»

También aconsejó dejar provisionalmente este misterio fuera de toda discusión. Es preciso, según él, proceder poco á poco en la exploración de las raíces, sin querer anticipar nada sobre los resultados definitivos á los cuales se pretende llegar. Cuando algunas generaciones se hayan empleado en estas investigaciones, nuestros descendientes podrán comprobar los resultados obtenidos (1).

Schleicher también duda que podamos jamás esclarecer el origen del sonido, y encontrar por qué sonidos diferentes se han presentado en diversos grupos de hombres, para la misma noción, para la misma idea (2).

He aquí por qué, dice, la ciencia del lenguaje tiene derecho á negarse á responder á la pregunta, *¿Cómo se ha producido el lenguaje?* La ciencia del lenguaje supone su objeto, el lenguaje puede deducir de las lenguas existentes la forma más antigua, la más sen-

(1) *Zeitschrift für Völkerpsychologie und Sprachwissenschaft*, 1867, pág. 76.

(2) Augusto Schleicher: *Die Deutsche Sprache*, Stuttgart, 1860.

cilla de este lenguaje, y perseguir el desarrollo ulterior, pero no es cuestión suya profundizar *cómo ha llegado el hombre á crear esta lengua más antigua, la más sencilla que se pueda suponer...* La cuestión del origen del lenguaje, debe excluirse de la filología, lo mismo que la del origen de los elementos sencillos debe excluirse de las ciencias naturales. No hemos, y de ello nos felicitamos, de buscar, si es posible establecer á este propósito una teoría cualquiera. Este punto no está comprendido en el radio de la filología.

Caro elimina también de la ciencia positiva la cuestión del origen del lenguaje, porque estima que esta cuestión es inaccesible á la experiencia. La experiencia, según él, no nos suministra medio alguno para dilucidarlo. Sobre estos importantes asuntos nada nos enseña que podamos comprobar por medio de la observación ó por ensayos sistemáticos (1).

Max Müller piensa que el origen del lenguaje traspasa el límite de la inteligencia humana (2).

Lazarus Geiger, en fin, habla de las importantes cuestiones concernientes al más grande de los enigmas del espíritu: *¿Cómo ha sido creado el sonido?*, etc. (3).

La cuestión del origen del lenguaje no es tan desesperadamente difícil como parecería resultar de los desarrollos precedentes.

Para preparar una solución satisfactoria, es preciso descomponer la cuestión en sus elementos y separar exactamente estos últimos. La filología, hasta

(1) Caro: *Actas de la Academia de Ciencias morales y políticas*, Julio 1868.

(2) That problem seems to be almost beyond the reach of the human understanding. Max Müller: *Lectures on the science of Language*. Londres, 1861.

(3) Lazarus Geiger: *Ursprung und Entwicklung der Sprache*.

el presente, no ha tenido este cuidado; los ha mezclado siempre y ha llegado por otro á presentar mal la cuestión, y, por consiguiente, á hacer la respuesta difícil y aun imposible. He aquí lo que tratamos de evitar.

La cuestión del cómo del origen primitivo y natural del lenguaje encierra en sí los elementos siguientes, que es necesario separar con exactitud.

Es menester, en primer término, considerar la ocasión de la formación del lenguaje, y, por consecuencia, responder á la cuestión parcial: ¿Cuál es la ocasión *natural* que ha hecho nacer los primeros sonidos del lenguaje? O para precisar mejor la cuestión en relación con nuestra hipótesis, ¿cuál es la ocasión natural que ha hecho nacer los primeros sonidos del lenguaje?

Viene en seguida la *segunda* cuestión parcial: ¿Qué es lo que ha dado á los hombres la facultad de producir los primeros sonidos del lenguaje? ¿En que causa natural inherente á su ser reposa la aptitud de producir el lenguaje y seguir su desarrollo?

En tercer lugar, ¿cómo se han comportado desde el punto de vista de la pasividad y de la actividad, durante este acto de producción? ¿Obraron consciente ó inconscientemente cuando el lenguaje ha sido producido por ellos y cuando crearon el lenguaje?

La *última* cuestión, en fin, es la de la relación entre el sonido producido y la noción designada por él. ¿Estaba forzado á ser el sonido que ha sido efectivamente ó pudo ser de otro modo? ¿Existía ó no existía una relación necesaria entre el sonido y la noción expresada por él?

Nosotros vamos ahora á examinar separadamente cada una de estas cuestiones parciales.

XVIII

La ocasión natural de la génesis del lenguaje.

¿Cuál es la ocasión que ha determinado la producción del lenguaje? Diferentes respuestas se han dado á esta pregunta. En conjunto presenta, no es posible desconocerlo, una marcha ascendente hacia la verdad.

Los representantes de la opinión más antigua, y hasta cierto punto, Herder entre ellos, ven en la expresión involuntaria, innata hasta en los animales, sensaciones dolorosas y movimientos fuertes del alma al *comienzo* del lenguaje. «El hombre, aunque sólo fuese á título de animal, poseería el lenguaje. Las sensaciones más violentas, las más dolorosas de su cuerpo, así como todas las fuertes pasiones de su alma, se manifiestan inmediatamente por un grito, por sonidos salvajes inarticulados. Un animal que sufre lanza quejas y gemidos, como los lanzaría el mismo Filoctetes bajo la influencia del dolor, gemiría si se encontrase solo, abandonado, en una isla desierta donde no advirtiese ningún vestigio de criatura análoga á él, donde, en fin, no hubiese ser alguno que pudiera venir á socorrerle (1).

A esta opinión se ha objetado atinadamente diciendo que los gritos del dolor y la expresión de sensaciones de los animales no pueden ser considerados como un comienzo de lenguaje, que sin esto los animales

(1) Herder, *Über den Ursprung der Sprache*, 1770.

habían traspasado ese comienzo y hubieran llegado al lenguaje. Un examen profundo revela, por lo demás, la diferencia esencial entre la explosión de sonidos producida por una impresión dominante y la reproducción de una idea, de una noción, inspirada por la actividad de la razón. Entre el grito animal y el lenguaje humano hay un abismo infranqueable (1).

Según otra opinión, la lengua tuvo por origen la tendencia del hombre á expresar por medio de sonidos sus «emociones interiores» vivas, lo que hizo, no para servir á interés alguno, ni por razón alguna especial, sino únicamente para satisfacer sus necesidades, para expresar sus pensamientos por medio de sonidos. Esta opinión se relaciona con la precedente: invoca la necesidad bien conocida que el hombre experimenta, todavía actualmente, de pensar alto, para

(1) Herder por lo demás, establece una gran diferencia entre estos «sonidos naturales» que no son los rasgos principales del lenguaje humano y «la lengua metafísica tardíamente inventada». En cuanta á esta última, «niño de la razón y de la sociedad», la nombra «una variedad quizá de la cuarta generación, de la *lengua madre primitiva*, del género humano». Sin embargo, insiste en la imposibilidad de explicar *enteramente* por este grito de las sensaciones el origen del lenguaje humano, siendo éste «evidentemente *algo de todo punto distinto*». «Todos los animales, dice, y apenas si hay otra excepción que la del pez, animal mudo, expresan sus sensaciones por medio de sonidos; pero no resulta que ningún animal, por perfecto que sea, presente un comienzo, ni aun insignificante, de lenguaje análogo al lenguaje humano.» Schleicher, por el contrario, señala terminantemente la diferencia *esencial* que existe entre esta expresión de las sensaciones y el lenguaje: «La expresión inmediata del sentimiento y de la sensación, así como la del querer y la del deseo, no se produce por medio del lenguaje, sino por la mímica fonética, por las interjecciones propiamente dichas: *Oh, i, aye*, etc. Estos sonidos expresan inmediatamente un sentimiento y la voluntad; éstos no son palabras, son elementos del lenguaje.» —Schleicher: *Die deutsche Sprache*, pág. 5.

desembarazarse, por decirlo así, de la superabundancia de sus pensamientos más vivos, por medio de la emisión de la palabra. El hombre, según esta manera de ver, sería un animal que habla, poco más como el pájaro es un animal que canta, y en este sentido es porque las palabras del poeta, «yo hablo como el pájaro que canta», se aplicarían al hombre en general. El lenguaje, en ese caso, sería «una repercusión fonética de las impresiones que vienen del exterior» (1).

(1) Schleicher: *Die deutsche Sprache*. Stuttgart, 1869, página 40. A esta manera de ser corresponde la definición bien conocida: «Hablar es pensar alto», que Schleicher encuentra perfectamente exacta. «El lenguaje, dice, es la expresión fonética del pensamiento; es el proceso del pensar, manifestándose por medio del sonido. *El lenguaje no expresa, pues, en un principio, sentimiento, sensaciones y voliciones*; el lenguaje no es la expresión inmediata del sentir y del querer, sino solamente del pensar» (L. c., pág. 5). Procedentemente, Heyse había sostenido la misma opinión: «El sonido es la expresión esencial necesaria de lo intelectual; el hablar es el pensar que se manifiesta haciéndose entender» (*Sistem der Sprachwissenschaft*, 1856, páginas 35 y 40). Del mismo modo Renán: «La necesidad de significar al exterior sus pensamientos y sus sentimientos es natural en el hombre; todo lo que piensa lo expresa. El hombre es naturalmente parlante, como es naturalmente pensante. Siendo el lenguaje la forma, expresión y el vestido exterior del pensamiento, uno y otro deben ser considerados como contemporáneos» (*El origen del lenguaje*, páginas 90 á 92). Del mismo modo Lazarus, Steinthal y Wundt señalan que en cada uno de nosotros se producen estados físicos que, *independientemente de la intención y del hábito*, determinan ciertos movimientos y ciertos sonidos especiales. Imaginémosnos que este fenómeno entre los primeros hombres se ha extendido bastante para que percepciones diferentes produzcan sonidos determinadamente distintos; he aquí los gérmenes de la primera lengua, y ésta es entonces, como se expresa Steinthal, una mimica fonética (innata); entra en el género general de los movimientos reflejos, y no es más que una clase particular de este género de movimientos bien conocido» (Marty: *Ursprung der Sprache*, 1875, pág. 21).

Esta manera de ver tiene á su favor señaladamente la observación sobre lo vivo. Cada uno de nosotros conoce las disposiciones en las cuales le ha sido difícil aunque estuviese solo, no expresar sus sentimientos en alta voz; á menudo lo hacemos inconscientemente.

Lo que es común en las dos opiniones precedentes, es excluir de la producción del lenguaje toda cooperación del hombre teniendo conciencia de un fin. Dejan á la naturaleza obrar sola y no mirando al hombre más que como un intermediario sin voluntad.

Una tercera opinión admite al hombre á tomar parte conscientemente y cooperando á la producción del lenguaje. No abandonando por completo el principio φυσική origen natural, no es bastante timorata para excluir una actividad de la cual tiene el hombre conciencia, el principio φυσική, pudiendo perfectamente implicar esta conciencia de la actividad ejercida. Lo pudo en realidad y no solamente en lo que concierne al génesis del lenguaje.

En esta última opinión se distinguen aún dos relaciones: admitir que «el placer de charlar», la «inclinación del hombre á conservar sus ideas», haya sido la única ocasión natural del génesis del lenguaje, ó admitir que lo que ha impulsado necesaria y naturalmente á la formación de los sonidos y del lenguaje, es la necesidad presente de entenderse y de hacer recíprocas conversiones. Esta última relación es la que nosotros adoptamos, y en este sentido no hacemos restricción alguna.

XIX

La aptitud natural en la formación del lenguaje

¿Cuál es la circunstancia que ha dado al hombre la aptitud de emitir sonidos articulados? Estando implicada esta aptitud evidentemente en la organización normal de sus órganos fonéticos, la cuestión no tendría ningún sentido si una falsa hipótesis no pareciese justificarla.

Esta hipótesis es que los diversos sonidos y las diversas palabras del lenguaje humano (y especialmente de la lengua primitiva única que se admitía erróneamente en otro tiempo) correspondían á nociones que le eran adecuadas. Los hombres actuales no tienen conciencia de una facultad de formar sonidos correspondientes á las nociones; en realidad, no tienen facultad de este género. La cuestión siguiente parece tener una muy grande importancia y un grande interés: ¿de dónde han sacado los hombres primitivos esta facultad y en qué consiste?

Sea lo que quiera, los sabios admitían entre los objetos y sus designaciones, una relación predispuesta, existente en la naturaleza misma de las cosas: el hombre de los tiempos primitivos debió buscar y encontrar esta conexión preexistente. Para otros sabios (Herder) la aptitud *glosigénica* de los hombres primitivos no era más que una simple imitación de diversos sonidos naturales.

Aquellos, en fin, que reconocían que no se puede explicar el contenido completo—aun de las lenguas

primitivas—por simples sonidos imitativos, daban un salto peligroso, y reconocían sin ambages, en el hombre primitivo, una facultad, que no posee el hombre civilizado. Esta aserción es, á la verdad, más fácil de plantear que de demostrar. En cuanto al método empleado, es muy fácil y muy cómodo, pero ciertamente no es científico. Esta opinión ha sido, sin embargo, sostenida recientemente, al ejemplo de Heyse, por Max Müller, el eminente filólogo. Este último atribuye al hombre primitivo una facultad instintiva de emitir signos vocales correspondientes á sus ideas: este instinto ha desaparecido en cuanto dejó de ser necesario absolutamente, como ciertos sentidos se enmohecen, cuando faltan ocasiones de ejercicio (1).

Hemos dicho ya que toda esta cuestión del hombre primitivo para producir los sonidos del lenguaje repo-

(1) Man in his primitive and perfect state, was endowed not only, like the brute, with the power of expressing his sensations by interjections, and his perceptions by onomatopoeia. He possessed likewise the faculty of giving more articulate expression to the rational conceptions of his mind. That faculty was not of his own making. *It was an instinct*, an instinct of the kind as irresistible as any other instinct. So far as language is the production of that instinct, it belongs to the realm of nature. Man loses his instincts as he ceases to want them. His senses become fainter when, as in the case of sight, they become useless. Max Müller: *Lectures on the science of language*. London, 1861, pág. 370.

Max Müller cita en nota una opinión análoga que proviene de Heyse y reproducida en los *Vorlesungen* de este sabio publicados por Steinthal. Wundt también atribuye al hombre primitivo, en que con ciertas salvedades, una aptitud más grande que la nuestra para reproducir las impresiones del órgano de percepción por movimientos reflejos correspondientes, es decir, por producción de sonidos lingüísticos y gestos. «Hemos perdido, dice, aquella vivacidad de sentidos del hombre primitivo que otro tiempo produjo el lenguaje» (*Grandzüge der physiologischen Psychologie*, pág. 853). Geiger critica justamente estas opi-

saba en una hipótesis falsa. Vamos á eliminarla demostrando que es errónea. Este será el medio de dejar sin objeto la cuestión de la aptitud; de este modo responderemos al mismo tiempo á las dos cuestiones parciales mencionadas más arriba, relativas al papel del hombre primitivo en lo que concierne á la génesis del lenguaje, de una parte, y á la relación de las palabras con las naciones de otra parte (1).

Esta falsa hipótesis de que hemos hablado, no es otra que la de una relación *intelectual especial, necesaria* entre los sonidos del lenguaje y las nociones expresadas por ellos. En realidad, ya lo hemos dicho desde el principio, no existe relación alguna de este género; no existe más que un reflejo que nos *engaña*, que se produce en nosotros por consecuencia de

niones. «Admitir una facultad actualmente perdida, de creación de lenguaje, y admitir (la una implica al otro) que el estado primitivo del hombre era la perfección, es recurrir á lo incomprendible... Admitiéndolo, nos colocaríamos en un punto de vista místico» *Ursprung der Sprache*. Stuttgart, 1869, pág. 37).

(1) Hemos hablado ya más arriba de las diversas opiniones sobre las relaciones entre los sonidos primitivos y las nociones por ellos expresadas; según una de estas opiniones, los sonidos primitivos fueron expresados por onomatopeyas. Geiger dice á este propósito: «No es, ni por consecuencia, ni por onomatopeya, ni de otro modo, como se llega á dar *directamente* su nombre á una cosa. El nombre se deriva siempre de una voz preexistente. ¿Qué sería, por consiguiente, el papel de las raíces lingüísticas en la hipótesis de una conexión natural entre el sonido y lo que él designa, conexión que no se podría dispensar de suponer, admitiendo que haya onomatopeya? Es raro que la naturaleza rehuse tan terminantemente á someterse á una opinión preconcebida; *no se ha podido encontrar hasta el presente un solo caso de onomatopeya real*; entre los que se han citado y que parecen constituir onomatopeyas, hay muchos que, estudiados atentamente, no producen más que decepciones. (*Ursprung der Sprache*, pág. 26.)

nuestra larga costumbre de designar cortas nociones por medio de ciertos sonidos.

La ciencia del lenguaje ha conservado durante largo tiempo esta falsa suposición, y por consecuencia se ha ocupado excesivamente de la cuestión de saber si la elección de un sonido casi predestinado para la noción que le corresponde, era un *acto* de necesidad natural ó si el hombre había hecho la elección conveniente en plena libertad. Pertenece á Lazarus Geiger el mérito de haber separado á la ciencia del lenguaje de este círculo vicioso, y de haberla desembarazado de su eterna pesadilla, y esto por medio de una sola palabra que no contiene únicamente la solución de esta cuestión, sino que la hace superflua: *azar*. La coincidencia del sonido con la noción es cosa del azar. «El mismo sonido podría coincidir también con otra noción ó con una noción cualquiera.» El mayor mérito de Lazarus Geiger es el de haber indicado el primero este pensamiento (1).

He aquí, pues, que después de haber eliminado la tercera de las cuestiones parciales enunciadas más arriba (la de la actitud en la creación del lenguaje y de la manera cómo el lenguaje ha sido creado), hemos llegado también á la cuarta de esas cuestiones, la de la relación entre el sonido y la noción. No creemos que Geiger la haya agotado, que haya dado la solución científica completa indicando y desflorando de una manera medio inconsciente su pensamiento del «azar».

Es un hecho muy notable y sobre el cual debe lla-

(1) Véase Lazarus Geiger: *Ursprung und Entwicklung der Sprache* (Stuttgart, 1869); *Der Ursprung der Sprache* (Stuttgart, 1869). *Zur Entwicklungsgeschichte der Menschheit* (Stuttgart, 1871).

marse la atención, á despecho de las personas que consideran como superfluas todas las explicaciones é investigaciones metodológicas: si Lazarus Geiger ha llegado á pensar muy justamente que la formación de sonidos primitivos dependía del azar, ha sido sólo por medio del método que conocíamos ya nosotros, es decir, por la consideración de las *fuerzas obrando* en los tiempos históricos, y *actualmente* en la formación del lenguaje. Ya antes de Geiger habían observado los filósofos que, á despecho de toda la irregularidad que reina en el desarrollo del lenguaje, especialmente en lo que concierne á la significación de algunas palabras y al empleo de estas palabras para diferentes ideas, hay series de desarrollos completos que parecen haber sido provocados únicamente por el azar. El estudio profundo de estos hechos de la historia del lenguaje, indujo á Geiger á suponer que el desarrollo resultante del azar había podido desempeñar un papel importante en «el origen del lenguaje».

Después de haber considerado, en la formación de las palabras y de las nociones, un gran número de estos desarrollos regulares, producto de combinaciones del todo accidentales, Geiger se expresa de este modo «Nada nos autoriza á admitir que haya en alguna parte de la historia del lenguaje un punto en que esta ley de desarrollo comience y proceda de una ley diferente. No me parece imposible reconocer si existe un punto inicial de este género; si, en otros términos, en una cualquiera de las partes más antiguas del lenguaje existe una precisión de nociones, no *accidental* sino *esencial*. Lo que es preciso comprender para penetrar en la esencia de la historia completa del lenguaje, es el *desarrollo intelectual*; por esto hay que subir, si es posible, hasta sus comien-

zos si se quiere llegar á conocer finalmente el origen (1).»

Geiger, después de haber arrojado una ojeada sobre la «Etimología, desde su nacimiento hasta su objeto final», ha encontrado, como él dice, un punto en que el procedimiento etimológico se detiene sin haber llegado al objeto hacia el cual se dirigía, «porque esta Etimología» era parte de una hipótesis que se debía conservar hasta el fin como inmutable é indispensable. Era esta hipótesis, *«desde el principio el sonido y la noción estaban entre sí en una relación de necesaria independencia, y de esto resultaba que ciertos sonidos no podían corresponder jamás á ciertas nociones. Se ha comprobado que esta hipótesis era un perjuicio; la pretendida necesidad se resuelve por azar, siempre que se trate de elementos fundamentales esenciales del lenguaje»*.

Geiger persiguió este pensamiento; y llega más lejos á reconocer que entre las diversas lenguas no hay diferencias más que sobre un punto, aquel en que dan «libre juego al azar; es decir, que difieren única-

(1) Geiger, l. c., pág. 228. Véase también la página 232, en donde se atribuye al azar la repartición de los diversos sentidos entre las palabras que primitivamente tenían el mismo *maid* (sirviente) y *magd* (sirviente), *haut*, *fell* y *balg* (piel), etc. «Esto depende del azar, porque no hay en principio ninguna conexión causal que entre dos objetos igualmente posibles atribuye al nombre su objeto; lo que él le atribuye es porque coincide más frecuentemente con él. Y como se producen suertes en favor del azar de este género, siempre que una palabra, por un motivo cualquiera, se disgregue fonéticamente en muchas palabras, se puede deducir en qué extensión es posible la repartición, por simple azar de significaciones especiales, entre los diversos sonidos del lenguaje. Si, el azar es el verdadero y único principio de la repartición de los sentidos entre los sonidos del lenguaje.»

mente» por la condición del sonido con la noción, mientras que se reúnen por todos los otros puntos, por la extensión de los recursos fonéticos, por las leyes del desarrollo fonético, por las nociones, en fin, por el parentesco que existe entre estas nociones y que atribuyen á cada una de ellas por origen cierto sonido determinado.

En su obra ulterior *«Uber den Ursprung der Sprache»* (sobre el origen del lenguaje), Geiger explica todavía esta idea del azar. «He tratado en mi grande obra de demostrar que es imposible seguir sosteniendo que existe exclusivamente una cierta raíz ó *viceversa*. Existen, por el contrario, muchas nociones, para las cuales hay muchas raíces, é inversamente, existen muchas raíces que al mismo tiempo sirven para muchas nociones. El inmenso estudio que abraza realmente el fenómeno de la multiplicidad de los sentidos y de la multiplicidad de los sonidos en las raíces, saldrá con una precisión y una claridad todavía mayores cuando se entre en los detalles, y entonces los casos contrarios tomarán el aspecto de excepciones. Admitir que en *un primer período el lenguaje haya presentado otros hechos*, es admitir una hipótesis arbitraria. No basta, para demostrarla, suponer que haya existido en otro tiempo este estado normal del lenguaje (1).»

Geiger, después de haber citado un gran número de hechos en apoyo de su opinión, termina como sigue: «En razón de este estado de cosas creo deber afirmar que *la ley observada en la superficie del lenguaje desaparece en la profundidad*, que un sonido cualquiera puede designar una noción cualquiera, y que una noción cualquiera puede ser designada por

(1) Geiger: *Ursprung der Sprache*, 1869, pág. 51.

un sonido cualquiera. Según la ley superficial, existe para cada sonido una noción especial é inversamente. Afirmo, por el contrario, que cuando se ha acabado por tomar á la larga una significación especial, este hecho no ha sido jamás otra cosa que el resultado del azar, ó, en otros términos, del desarrollo» (1).

Las raíces fonéticas tomadas en su conjunto, dice el mismo autor un poco más adelante, reúnen en sí una gran cantidad de nociones, y al mismo tiempo aparecen con nociones fundamentales, esencialmente parecidas, bajo las formas más diferentes que sea posible imaginar. No ha lugar á demandar si es *naturalmente* ó *convencionalmente* como se han repartido las diversas significaciones entre sus raíces fonéticas. El principio del reparto es el uso lingüístico, la costumbre inconsciente, el azar. Pero ¿cuál era el estado inicial antes de esta repartición? ¿Por qué tal masa de nociones se ha reunido bajo un sonido único, y lo que es más, muchas veces de la misma manera?

Geiger se pone á criticar las diversas respuestas que se ha dado á estas preguntas. Ninguna le satisface, y en este punto le damos la razón. Mas ¿cuál respuesta da él á esta pregunta? No es, en rigor, lo que nosotros habíamos esperado de un hombre que, tan á menudo, como queda demostrado, ha invocado el azar como un potente principio de desarrollo del lenguaje. Geiger ha desdeñado acabar de acomodar el pensamiento de la producción accidental de los primeros sonidos para las primeras nociones, lo que le hubiera permitido exponer la marcha más verosímil

(1) *Ibidem*, pág. 90. Parece paradójico identificar «el azar» y «el desarrollo». Geiger, en la *Critica del azar*, tomo I, cap. IV de su primera obra, justifica esta identificación. Aquí no podemos entrar en detalles.

de la génesis de los primeros sonidos lingüísticos. Un gran número de sus reflexiones y de sus largos desarrollos sobre el carácter, el número y la importancia de las primeras raíces fonéticas, muestra claramente, que no tuvo conciencia del proceso más verosímil de la génesis del lenguaje. Se ve que había observado exactamente el desarrollo del lenguaje en la historia y en el presente, que esta observación le hizo pensar en el azar y que entrevió que este «azar» podía haber desempeñado un gran papel en el desarrollo del lenguaje, pero que esta visión se ha verificado en él como á la luz de un relámpago y que estuvo lejos de ver en plena luz el modo real, ó por lo menos verosímilmente, la génesis de las lenguas.

Intentaremos trazar las circunstancias de esta génesis (1).

(1) Se nos perdonará haber citado tan largamente todos los pasajes sobre el «azar» que hemos encontrado en las obras de Geiger. Teníamos que mostrar que Geiger se ha limitado á sospechar el gran papel del «azar» en la génesis del lenguaje y que no reconoció ni el proceso de esta génesis, ni todas las consecuencias que se derivan de este proceso. Podemos invocar, por lo demás, el testimonio de los filólogos posteriores, Marty, por ejemplo, *Ursprung der Sprache*, Wurzbourg, 1875), trata de «empírica» la teoría de Geiger, según «la cual el lenguaje es una adquisición humana» (Marty, pág. 44). Marty, para apreciar la teoría de Geiger sobre la génesis del lenguaje, se ha referido á los pasajes que, en su opinión, dan en cierto modo la medida de esta teoría; son aquellos en los cuales Geiger designa «el lenguaje en sus comienzos como un grito animal que se produce bajo el golpe de una impresión del sentido de la visión en tanto que siente». Cita, para caracterizar esta teoría, el siguiente pasaje del libro de Geiger: «El grito del lenguaje no se produce primitivamente más que sobre la impresión causada por el aspecto de un cuerpo animal ó humano sacudido convulsivamente ó agitado vivazmente, por el aspecto de un temblor violento de los pies y las manos, de la contracción de un rostro animal ó de un rostro humano, y especialmente por la vista de

XX

Génesis de los sonidos primitivos ó raíces lingüísticas.

El problema de la génesis de los sonidos primitivos destinados á convertirse en raíces lingüísticas, ¿ha de ser insoluble? Sostenerlo es cometer un grave error; en cuanto á invocar la imposibilidad de la observación directa, diremos que es casi dar una prueba de falta de reflexión. La cuestión por sí y sobre toda otra ¿no tiene una gran ventaja? El principal objeto de observación es el hombre, y está á nuestra disposición. Sí, el hombre que no ha sufrido modificación alguna, el hombre eternamente vivo. No tenemos que desembarazarnos de una vez para siempre de la ilusión que nos hace ver el hombre del día, el hombre civilizado, como diferente del hombre en el estado primitivo por su naturaleza, por sus inclinaciones y necesidades, por sus facultades y particularidades intelectuales. El hombre hoy, á la verdad, ha entrado en posesión de conocimientos que no poseía en otro tiempo. Ha inventado lo que no sospechaba antes, pero no ha cambiado; su ser íntimo, su naturaleza, sus disposiciones intelectuales, con las inclinaciones y las corrientes de espíritu que de ella resultan, son lo que eran en otro tiempo, y eran en otro tiempo lo que

la contracción de la boca y del guiño de lo ojos.» La teoría fundada en el azar no le sirve á Geiger para explicar la génesis del lenguaje; pero Geiger (esta reflexión es de Marty) hace intervenir el azar en el desarrollo en los sentidos del girto lingüístico «primitivo» (Marty, pág. 53).

son ahora. No podríamos desechar muchos errores é ilusiones si no recordásemos que el hombre ha quedado hombre, y que desde su primera aparición ha sido siempre hombre. Jamás ha sido ángel. Jamás ha sido *más perfecto* que ahora: pero jamás tampoco ha sido animal; jamás ha estado *desprovisto de razón*. Los partidarios de la primera hipótesis (entre ellos Max Müller) y los numerosos partidarios de la segunda (hemos citado á Geiger), no nos traen ni los unos ni los otros ninguna prueba en apoyo de sus afirmaciones. La primera de estas hipótesis no es científica; la segunda tampoco lo es. Ni la una ni la otra tienen base. Con razón Geiger censura á Max Müller, y al mismo tiempo á los numerosos predecesores de este último por haber atribuído facultades ocultas que nosotros no encontramos en el hombre actual; también nosotros tenemos derecho para criticar á Geiger y á sus numerosos predecesores y partidarios (así como á todos los darwinistas, y hæckelistas) por negar al hombre primitivo lo que hace del hombre un hombre, lo que observamos y reconocemos en el hombre como siendo lo que en él hay de más esencial en su ser íntimo y lo que le distingue del animal; es decir, un *grado de razón que le mueve á entenderse con su semejante cambiando con él sus pensamientos en interés de su propia conservación. Así es como conocemos al hombre, y no hay ninguna razón científica que nos autorice á representárnosle de otra manera aun en las más vagas lejanías de la noche de las edades* (1).

(1) Los desarrollos de Herder son esta vez perfectamente exactos: «Si la razón no es una fuerza separada obrando aisladamente, sino una dirección de fuerzas propias del género humano, el hombre debe poseerla desde que es hombre, cualquiera que haya sido su primer estado.» Defendiéndose de las objecio-

Pero en cuanto nosotros consideremos al hombre como *hombre*, ni más ni menos, el proceso completo de la formación del lenguaje se presentará á nosotros casi espontáneamente de una manera tan clara y tan sencilla, que no podremos menos de sorprendernos de que, durante tanto tiempo, se haya considerado este proceso como un problema insoluble, como un eterno misterio. Representémonos los individuos de las primeras bandas humanas. Su tendencia innata á conservarse (esta tendencia no es hipotética) les fuerza á comunicarse recíprocamente sus pensamientos. No tienen todavía lenguaje, pero poseen órganos fonéticos humanos. Lanzan algunos sonidos inarticulados. Nada de onomatopeyas, porque apenas si se puede designar por este medio más que un pequeño número de cosas. Nada de analogía refinada entre el sonido y el objeto imaginado por nuestro filósofos modernos: por ejemplo, entre el sonido *blitz* y el sentido *relámp-*

nes, continúa: «¿Es pensar razonablemente otra cosa que pensar con una razón *desarrollada?* etc.» *Ursprung der Sprache*, l. c., pág. 56). Por el contrario, no podemos adherirnos á la hipótesis de Geiger, según la cual el hombre debió estar desprovisto de razón antes del nacimiento del lenguaje. Si el hombre antes del nacimiento del lenguaje no hubiese sido un animal razonable, jamás hubiera llegado á hablar. Geiger tiene razón al decir: «Se padece de vértigo cuando se pregunta lo que podría ser la inteligencia antes de que hubiera adquirido la viva vestidura del lenguaje»; pero añade una idea que no es más que un espectro salido de su imaginación: «¿Es posible, dice, que los hombres en otro tiempo hayan errado *pensantes*, pero *mudos*, los unos al lado de los otros, hasta que el nacimiento del lenguaje hubiera modificado su existencia silenciosa é insociable y mostrado su interior á sus recíprocas miradas?» *Ursprung der Sprache*, tomo 1, pág. 12). Jamás los hombres han errado *pensantes* y *mudos* los unos al lado de los otros desde que fueron hombres; seres pensantes debieron necesariamente, por el efecto de una inclinación razonable, buscar el entenderse, y estos ensayos

pago. Nada de esto; nada más que algunos sonidos incomprensibles que nada encierran, que nada quieren decir. El hombre ha lanzado estos sonidos instintivamente por vía de ensayo, aguijoneado por la necesidad de hacerse comprender. Así, pues, no podía resultar brillante en los primeros ensayos que intentó. La empresa no era fácil. Los signos y los gestos tenían que venir en ayuda de los sonidos ensayados: es preciso mucho trabajo en el individuo interpelado para adivinar el pensamiento, la intención del interpelador.

Tratemos de representarnos una de estas escenas. Un individuo desea que le traigan una rama de árbol: se pone á lanzar los sonidos que le inspira la necesidad del momento, la necesidad de hacerse comprender. Sus órganos vocales emiten toda la serie de los sonidos que ellos pueden producir. He aquí que grita: *na, da, ta, ko, le*, etc. El individuo interpelado coge una pie-

debieron *necesariamente* hacerse con más ó menos facilidad, de una manera ó de otra. ¿No distinguimos, más ó menos fácilmente, es verdad, al niño, ser sin lenguaje, del sordomudo, ser también sin lenguaje? ¿No llegamos á comprender á todo extranjero por incomprensible que sea la lengua que hable? Las relaciones de los europeos con los pueblos en estado salvaje nos suministran la más excelente prueba. Nos vemos obligados á rechazar como una exageración la innovación de Geiger: «Nada de lenguaje, nada de razón.» En este caso es la antigua teoría que le arrastra; es á la razón, es á la facultad de pensar á lo que el hombre debe el lenguaje. Es verdad que el lenguaje ha pagado á la razón capital é intereses, ó, por mejor decir, la razón tiene en el lenguaje colocado su capital á crecidos intereses para la eternidad.

Véase también á Lotze: *Mikrokosmos*, tomo II, pág. 250. «El lenguaje ciertamente no enseña al espíritu los elementos de pensamiento; pero es indispensable al espíritu cuando quiere reunir estos elementos para desarrollar más cumplidamente su cultura.

dra; el otro le hace comprender que su intención no ha sido comprendida. El primero presenta sucesivamente otros objetos que tiene á mano; cada vez nuevos movimientos para rechazar el objeto, y ensayos repetidos de los distintos gritos ó repetición obstinada de la nueva voz. Por último, el individuo que interpela emite un cierto sonido: *ta*, por ejemplo. En este momento el interpelado adivina el pensamiento del interpelador, sea por azar, sea siguiendo los gestos que acompañan al sonido emitido, y presenta la rama. ¿Qué se sigue? El interpelador nota por azar el sonido por cuyo medio se ha hecho comprender. En cuanto al interpelado, sabe, por su parte, lo que su camarada entiende por *ta*. En las relaciones entre estos dos individuos, si tienen buena memoria, *ta* significará en adelante *rama*. Si lo olvidan, será menester que en la próxima ocasion recomiencen su penosa tentativa para hacerse comprender el uno del otro. Si quieren evitarse esta pena, es preciso que noten este sonido y que lo conserven para el objeto designado.

Cuando se ha efectuado esta tentativa sobre un objeto ó sobre un pensamiento, á fuerza de repetirla sobre un mismo objeto ó sobre un mismo pensamiento, la noción correspondiente toma, en el número inmenso de los sonidos posibles y fuera del gran número de sonidos que han sido empleados para designarla, un sonido que quedará á su servicio. La noción ha recibido su nombre. Que continúe en las generaciones sucesivas designándole por medio de este mismo nombre, y su sonido acabará por entrelazarse á nuestro espíritu con esta noción á tal punto, que la una y la otra parecerán tener entre sí un íntimo parentesco intelectual, una relación *necesaria*, y así por azar llegaron los filósofos á admirar «la aptitud del hombre

para encontrar á cada cosa la designación conveniente, la única que le corresponde».

¿Se nos dirá que el proceso de la formación del lenguaje, tal como acabamos de encontrarle, no es más que una vaga hipótesis, una fantasía mediante la cual no se puede suministrar ninguna prueba? Negamos todo valor á tal objeción. Este proceso era el sólo posible cuando se formó el lenguaje por primera vez. En la observación de la naturaleza del hombre, siempre semejante á sí misma, se apoya la exposición precedente. Sí, la naturaleza del hombre nos suministra puntos de observación bastantes y pruebas suficientes. Nos basta considerar al niño que no sabe hablar todavía: para hacerse comprender si quiere pedir un objeto cualquiera ó expresar un pensamiento, lanzará sonidos que le serán inspirados por la necesidad del instante, y con ayuda de estos sonidos incomprendibles por sí mismos, acabará por forzar á sus padres ó á las personas que le rodean á adivinar sus pensamientos. Desde entonces, cualquiera que sea el sonido con cuya ayuda se haya hecho comprender, los padres ó los que le rodean saben que por medio de este sonido el niño designa el objeto en cuestión. A partir de este momento, los padres por amor y por complacencia se plegarán al capricho del niño, y adoptarán para el objeto de que se trate el sonido elegido por el pequeñuelo. ¿Cuántas veces no sucede esto mismo en la casa donde hay niños? Después el niño cuando crece acaba por verse obligado á conformarse con las costumbres de los que le rodean y á servirse de los sonidos y de las palabras que ha fijado el lenguaje.

No sucede de otro modo cuando nos encontramos con un sordomudo. Fijamos la atención en los soni-

dos incomprensibles que emite para tratar de comunicarnos sus pensamientos, y cuando los repite los reconocemos. Pero el sordomudo, por su parte, cuando se encuentra en nuestra presencia, se sirve siempre para designar ciertas cosas del sonido que nos ha hecho adivinar su pensamiento.

Podemos imaginar una verdadera experiencia que probará infaliblemente la verdad de nuestra tesis.

Nos bastaría reunir en un lugar apartado, en una isla ó en cualquier rincón de la tierra, á muchos individuos que hablasen lenguas totalmente distintas y no conozca cada cual más lengua que la materna: supongamos un chino, un negro, un indio y no importa qué «indogermánico». Completemos el número con la adición de un semita de origen auténtico, y abandonemos esta interesante sociedad á su suerte, sin intérpretes ni diccionarios de bolsillo.

¿Qué sucederá? Aparentemente, cada uno, para entenderse con los otros, emitirá palabras que no serán menos incomprensibles para sus vecinos, y recurrirá á gestos y ademanes. Supongamos que, después de muchos esfuerzos, uno de los miembros de la sociedad adivina el pensamiento del otro miembro. Desde entonces, esta palabra será admitida como primer vocablo común. Este trabajo se renovará hasta que la sociedad, con ayuda de las palabras más variadas de sus lenguas diversas, haya creado una lengua común. Este será el *azar que habrá decidido* la apropiación de las diversas voces á las diversas nociones, porque siempre cada sonido ó cada palabra quedará aplicado á una cierta noción, mediante la cual, por efecto de una de las innumerables circunstancias accesorias que pueden presentarse, podrán los asociados entenderse mutuamente.

Se ve, pues, que la manera cómo ciertos sonidos llegan á tomar significación, no es un proceso tan misterioso como los filósofos imaginan. Schleicher, desesperando de resolver este problema, exclama que es imposible encontrar las leyes (1) de esta atribución de tal ó cual sentido. En cuanto á nosotros, respondemos sencillamente que no se pueden encontrar leyes en una esfera en que sería inútil buscarlas, donde el encuentro de un sonido cualquiera es la sola ley, y donde es indiferente, para el *venir á ser* orgánico del lenguaje, que sea tal ó cual sonido que se encuentre con tal ó cual significación. Schleicher y otros filólogos hubieran debido reconocer que, en la *esfera primitiva de la génesis del lenguaje*, el espíritu humano y la humana necesidad de saber pueden contentarse perfectamente con esta proposición: «aquí, la ley es el azar.»

Un naturalista no se pregunta por qué en el proceso animal de la generación es precisamente tal semilla masculina la que se encuentra en tal huevo femenino; se contenta con saber que, á partir del momento de este contacto, converge el proceso de la vida orgánica. Del mismo modo los filólogos se contentarían con reconocer la soberanía del azar en esta «esfera primitiva del origen del lenguaje», si no estuvieran eternamente inquietos y atormentados por una falsa suposición; si no admitiesen que lo que relaciona estos sonidos y estas significaciones concomitantes no es el azar, sino una «ley» de todo punto especial. Schleicher, después de haber supuesto esta «relación necesaria», se ve elevado á otra suposición

(1) Schleicher: *Zur vergleichenden Sprachgeschichte*, Bonn 1848, pág. 21.

no menos falsa y no menos superflua: se ve forzado á admitir *cierto número de sonidos que tienen una misma significación* (1). He aquí el error. Estos sonidos en sí mismos no han tenido jamás importancia, y sólo la alcanzaron cuando los pensamientos de dos hombres se hubieron reconcentrado en ellos como en un hogar. Esto ocurre cuando uno de aquéllos adivina el pensamiento del otro, buscando el hacerse comprender por medio de un sonido cualquiera y cuando este sonido adquiere una significación en la larga serie de los más diferentes sonidos; nada de esto había en otro tiempo; entonces no era más que un sonido desprovisto de significación.

XXI

Continuación de la demostración del papel del azar.

Hemos descrito el proceso de la génesis del lenguaje; examinémosle ahora de cerca. Muchas consecuencias habrán de deducirse de lo que hay de esencial en este proceso, y que se refieren á los hechos conocidos de la historia del lenguaje difícilmente explicables hasta el presente ó que los explican. Así, se encontrará corroborada nuestra suposición.

En primer lugar, es claro que en un proceso como

(1) He aquí un pasaje muy interesante: «Esta esfera primitiva de la génesis del lenguaje, la relación de los sonidos con el significado, *la relación recíproca necesaria* (1) me parecen rodeados de la misma oscuridad que la que envuelve el origen de la vida orgánica en general. Admitimos que existía cierto número del sonido significativo.»

este que acabamos de descubrir, la designación de una sola y misma noción debe ser cada vez el producto de una tentativa recíproca de dos individuos al menos en un momento dado: que esta designación, nacida en este momento mismo, entre *esas personas* en número de dos por lo menos, es la resultante de los esfuerzos que *acaban* de hacer, á fin de llegar á un acuerdo.

La memoria no es siempre infalible ni digna siempre de confianza. Por consecuencia, entre esos mismos individuos, en *otro momento*, ¿se presentará distinta designación para el mismo objeto ó para el mismo pensamiento? En cuanto á la tarea de fijar este nuevo nombre en el lenguaje, demostrará que no es siempre la memoria digna de toda confianza.

Que en tanto las personas que buscan entenderse cambien, ó que una de ellas sea reemplazada, por ejemplo, la que es interpelada, la que tiene que adivinar, y entonces, á menos de un azar absolutamente extraordinario, se producirá otro sonido por la designación del mismo objeto. De esta manera, en un solo grupo de hombres que viven en comunidad, las múltiples tentativas recíprocas para entenderse se cruzan constantemente entre ellos y hacen surgir para cada noción un gran número de designaciones (1).

(1) El orientalista francés de Dumast, dice que una lengua, cuanto más antigua ó primitiva, sea salvaje ó no, es tanto más rica y mayores sus diversidades y sus bellezas.

Joly, l. c., pág. 384, es de opinión opuesta y cita ejemplos contrarios, pero que no prueban nada. Si ciertos pueblos en el estado natural tienen lenguas pobres en palabras, prueba únicamente el grado inferior de su inteligencia en general, y explica por qué se han quedado en el estado natural. Si las *lenguas civilizadas*, muy desarrolladas actualmente, eran en sus principios

A consecuencia de estas circunstancias, un grupo de hombres dado no podría más que muy difícilmente entenderse por medio de la lengua primitiva, si no hubiese encontrado en la exigüidad inicial de su horizonte intelectual, así como en la primitiva pobreza y penuria de sus concepciones y de sus nociones, una especie de correctivo á este defecto, una especie de contrapeso á esta superabundancia.

muy ricas en raíces, esto no contradice nuestra opinión. Una multitud de hechos de la historia del lenguaje están en favor suyo. Ya Herder afirma que «cuanto más primitiva es una lengua», más rica es en sinónimos; «á despecho de su penuria esencial tiene una superabundancia inútil; Herder se entrega en seguida á una polémica contra los que niegan estos hechos». Los defensores del origen divino que en todo quieren encontrar orden, no llegan á encontrarlo aquí y *niegan* los sinónimos. ¿Niegan? Pues bien; admitamos que entre las cincuenta palabras de que se sirven los árabes para designar el león, entre los ochenta nombres que tienen para la miel, entre las doscientas palabras que tienen para la serpiente y entre las palabras que en número de más de mil tienen para la espada, existen ó existieron ligeras diferencias que se han perdido; ¿por qué existieron si debían perecer? Porque ha inventado Dios un tesoro inútil de palabras, tesoro que sólo, como dicen los árabes, un profeta divino podría abrazar en toda su extensión. Sea lo que quiera, estas palabras son sinónimos, *aunque hay otras muchas ideas para las cuales faltan las palabras*. El que ha concebido el plan del lenguaje ha inventado cincuenta palabras para designar la piedra y no ha encontrado ninguna para todas las ideas indispensables, para los sentimientos interiores y las abstracciones; ha acumulado aquí superfluidades, allá ha dejado reinar la penuria y ha hecho nacer la necesidad de usurpar metáforas y decir absurdos. *Humanamente*, la cosa se expresa por sí misma. Pero id á encontrar un orden divino allí dentro. «Herder da su explicación, lo cual es un progreso, sobre la opinión teológica combatida, la de Süssmilch, y se aproxima mucho á la verdad, salvo en lo que supone erróneamente que se hayan *inventado* las designaciones con propósito y conciencia de un objeto.» Cuanto más forzoso era expresar de una manera impropia las ideas complejas y tonos, tanto más fácil era expresar *frecuentemente* las ideas sencillas, las ideas

Lo que permitió á los hombres primitivos entenderse, á pesar del número infinito de designaciones, fué únicamente la estrechez del círculo de sus nociones y de sus concepciones.

De otra parte, hay en la *historia del lenguaje* un hecho universalmente reconocido: el desarrollo del lenguaje consiste en que un número de sentidos y de nociones, cada vez mayores, no cesa de formarse en

corrientes. Cuanto menos se conocía la naturaleza, ó por inexperiencia se la consideraba por diferentes lados, ó se *inventaban menos a priori*, pero según circunstancias accesibles á los sentidos, tantos más sinónimos había. Cuantas más personas existían que inventasen, ó cuanto más, en el momento de la invención, se encontrasen errantes y diseminadas, lo que no impedía que generalmente estuviesen sus invenciones circunscritas en un círculo de cosas bastante restringido, tanto más numerosos se hacían los sinónimos, cuando estos inventores se encontraban reunidos y flotaba su lenguaje en un océano de vocabularios... Las analogías de todas las lenguas salvajes confirman mi proposición. Cada una de ellas es, á su manera, pródiga é indigente, solamente que cada una es, á su manera, especial. (Siguen ejemplos de riqueza de designación en diversos pueblos para los mismos objetos.) Guillermo de Humboldt nos advierte también no tener que considerar «los comienzos del lenguaje como limitados á un número muy mezquino de palabras», y comprueba que «hasta las lenguas de los salvajes, lenguas que deberían ser las más vecinas del estado de naturaleza, *presentan una abundancia y una multiplicidad de experiencias que traspasa cuanto exige la necesidad*» (*Ueber verschiedenheit menschlichen Sprachbanes. Ges. Werke*, tomo vi, pag. 60). La causa propiamente dicha de esta primitiva *abundancia de palabras*, ha quedado desconocida hasta para los filólogos modernos. Los unos, como Schleicher, la atribuye á una inclinación «inmoderada» del lenguaje; los otros, como Geiger, designan sencillamente este fenómeno enigmático bajo el nombre de «riqueza de las primeras edades del mundo», y se imaginan haberlo así arreglado todo. «Entre los pueblos sin historia, escribe Schleicher, observamos bastante á menudo una *verdadera prodigalidad* de formas lingüísticas. Esta inclinación al lenguaje traspasa toda medida y provoca formaciones que por su abundancia dificultan considerablemente el cambio de pensamiento con los pueblos extranjeros y aparecen

derredor de las diversas raíces poéticas. Se explica muy sencillamente este hecho, por una tendencia que desde la antigüedad ha reinado en la formación entera del lenguaje: es que los hombres han buscado siempre los medios de llegar á comprenderse tan fácilmente como es posible; tendencia á la cual, de otra parte corresponde un hecho que no es menos verdadero, aunque no sea universalmente reconocido; que el número de las raíces primitivas disminuye

así como un obstáculo á la civilización. Este es aplicable sobre todo á las lenguas de los indios de América.» (L. c., pág. 36.)

He aquí lo que dice Geiger:

Cuanto más inferior es el grado en que una lengua se encuentra, tanto más nos revela una riqueza *especial en las primeras edades del mundo*, riqueza que hay que admitir sin restricción y que permite finuras de expresión no sospechadas, verdaderamente asombrosas entre los pueblos no desarrollados; es de creer que el lenguaje, no sólo se desarrolla independientemente de la razón, sino que está en relación inversa del desarrollo de dicha facultad. Un exámen profundo nos mostrará que estas tendencias privilegiadas del crecimiento del lenguaje, no están comprendidas en la forma de la razón destinada á triunfar definitivamente. El desarrollo ha emprendido vías laterales que le separan de un objeto verdadero y que será menester abandonar para atender al grado más alto de la perfección humana posible. Tales ensayos entorpecidos por la naturaleza, se encuentran en toda historia de desarrollo. Esto se aplica particularmente á las lenguas; no hay ninguna de ellas que no haya pasado por ensayos de este género. Los más vigorosos organismos intelectuales, los más sanos, los más nobles, han refrenado esta *exuberancia*, esta lujuria, en el momento en que han dudado de su porvenir y los han convertido en una fecundidad vivaz, en una dudable y preciosa riqueza.» (L. c., tomo I, pag. 377). Es de esta manera, y de una manera análoga, medio mística, cómo los filólogos buscan el explicarse el hecho tan sencillo y tan natural de la primitiva abundancia de palabras y formas de diversas lenguas. La verdadera causa de esta abundancia permanece para ellos desconocida.

Véase también, á este propósito Renán, *Origen del lenguaje*, segunda edición, 1858, pág. 169 y siguientes.

progresivamente en el curso del desarrollo del lenguaje.

Después de haber hecho constar cómo se presenta á nosotros el proceso de la creación del lenguaje, después de haber deducido de este proceso, así como de los hechos posteriores de la historia del lenguaje la constitución de toda lengua primitiva, nos encontramos obligados á llegar á otras verdades filológicas, ó, si se prefiere, á explicarnos estas verdades ya adquiridas parcialmente y de otra manera.

Del gran número primitivo de designaciones para los mismos casos y de la riqueza de las formas, hechos que para abreviar, llamaremos *polifonetismo*, podremos concluir que la creación primitiva de las lenguas se ha cumplido en *medio de grandes comunidades*. Entre los filólogos *modernos*, hay muchos que han reconocido esta verdad, aunque no hayan llegado al mismo fin que nosotros por los mismos caminos.

La antigua opinión, la representada por Herder, y según la cual «el salvaje, el hombre solo en el bosque, no hubiese podido dispensarse de inventar el lenguaje para su propia persona, aun sin intención de servirse de él para hablar», desconocía absolutamente la naturaleza de este lenguaje. Herder está en el período *romántico-sentimental* de la investigación filológica, cuando dice: «El lenguaje ha sido la inteligencia del hombre consigo mismo, inteligencia necesaria sin la cual el hombre no hubiera podido ser hombre. Si otros no han podido comprender cómo un alma humana logró inventar el lenguaje, yo no comprendo cómo un alma humana podría ser lo que es sin estar obligada precisamente á causa de esto á inventar el lenguaje *anunque la boca y la sociedad no existiesen*» (1) Como ya

(1) Herder, l. c., pág. 44.

he dicho, está aquí el romanticismo soñador del hombre primitivo que yerra solo por los bosques.

Humboldt sospechaba ya la verdad: la lengua no podía ser otra cosa que *el producto de una colectividad, una obra común*. «El organismo de las lenguas ha brotado de la facultad y de la necesidad de hablar universales entre los hombres, y proviene de la *nación entera* (1)...» El lenguaje no es un producto libre del *hombre considerado aisladamente*; pertenece siempre á la *nación entera* (2).

Max Müller también insiste en que el desarrollo del lenguaje es la obra del hombre; no sólo del hombre en su capacidad *individual y libre*, sino en su capacidad *colectiva y moderadora* (ejerciendo una influencia recíproca).

El mismo pensamiento, apoyándose sobre la noción del «género humano», aparece en Geiger, cuando dice: «No es en un solo individuo, ó más bien en cada individuo aislado, como ha creado la naturaleza el lenguaje no lo crea más que una sola vez en el *género todo entero*», y cuando más lejos dice que el lenguaje es una «obra colectiva de los pueblos (3)».

La segunda verdad á que hemos aludido es la del poligenismo de las lenguas. Este nos es revelado por el acuerdo del etno-poligenismo con la diferencia de las lenguas primitivas conocidas. La mayor parte de los investigadores modernos han deducido esta verdad de la imposibilidad de relacionar las lenguas conocidas con una lengua primitiva *única*.

Desde nuestro punto de vista, la pluralidad de las

(1) Véase Humboldt: *Ueber das vergleichende Sprachstudium*. Berlín, 1822.—*Ges Werke*, tomo III, pág. 248.

(2) *Ibidem*, pág. 260.

(3) Geiger: *Ursprung der Sprachen*, tomo, 1, páginas 260 y 261.

lenguas primitivas y el nacimiento espontáneo de cada una de ellas, es una consecuencia necesaria de la pluralidad de bandas de hombres primitivos, cada una de las cuales estaba obligada á crearse una lengua, ó si se quiere, cada una de ellas había llegado, necesariamente, de la manera que hemos expuesto, á crearse una lengua para su uso particular. Así, pues, esta consecuencia tan sencilla de nuestra manera de ser, concuerda completamente con los resultados de los investigadores filológicos modernos, que obligan á admitir una pluralidad de lenguas primitivas nacidas espontáneamente; y estos resultados, si no se olvida el miembro intermediario del proceso de la formación de las lenguas tal como lo hemos expuesto, sirven al mismo tiempo para corroborar y probar el poligenismo étnico.

Queremos, ante todo, demostrar aquí que los resultados de la investigación filológica moderna no pueden en realidad permitir que se induzca otra cosa que una pluralidad de lenguas primitivas, y aun un nacimiento espontáneo de estas mismas lenguas.

Hemos ya mencionado más arriba el camino que la ciencia ha recorrido en este dominio. La cándida suposición de la lengua primitiva hebraica única, caracteriza la fase más antigua de la investigación filológica europea. El descubrimiento de América ha sido fatal para esta concepción. No se puede declarar el menor parentesco entre las innumerables lenguas americanas, de una parte, y las lenguas semíticas y las indogermánicas de otra; es menester, pues, admitir una pluralidad de lenguas primitivas.

La conclusión que se deduce de la pluralidad de lenguas primitivas es bien evidente: es la pluralidad de tribus humanas primitivas, y la creación de nume-

rosas lenguas primitivas para estas tribus. En lugar de convenir inmediatamente en este sentido, Max Müller se deja influir por un escrúpulo anticientífico; no pudo, con la ayuda de este hecho reconocido filológicamente, aproximarse á la tradición bíblica relativa á la unidad de origen de la humanidad. Al tratar de esta cuestión, se prohíbe á sí mismo «ver ninguna relación entre los problemas del común origen de las lenguas y las aserciones del Antiguo Testamento relativas á la creación del hombre, así como á las genealogías de los patriarcas». He aquí una frase que ciertamente permite apreciar el estado mental del auditorio inglés, al cual Max Müller se dirige, aunque dicha frase no nos deje conocer la opinión de Max Müller.

No sabemos, según lo que acabamos de exponer, que esta conexión negada por Müller exista realmente y que sea absoluta, puesto que la diferencia y la pluralidad de las lenguas primitivas resultan directamente del poligenismo, y dan apariencias de fábulas á los relatos del Antiguo Testamento.

Müller, convencido del origen múltiple de las lenguas, y esforzándose en armonizar su condición con la Biblia, encuentra un término medio, se apoya en «teólogos eminentes», los cuales han dicho, á propósito de las lenguas americanas, «que podían haberse producido en época ulterior», y juzga necesario, en presencia de la pluralidad de lenguas primitivas, intentar diversos ensayos para sortear la tradición bíblica de la creación. Es verdad que Müller expresa á este propósito una idea exacta: la ciencia del lenguaje no debe mezclarse con la etnología, ó, más concretamente, las diferencias de lenguas y de tribus no tienen necesidad de superponerse, y las dos clasificaciones

son independientes la una de la otra. Solamente que este pensamiento debe ser expuesto por entero y formulado exactamente. Ciertamente que en la actualidad, y aun en el curso de la historia de la humanidad, no es necesario que las diferencias de lenguas y de fuentes coincidan, porque como Müller hace observar exactamente, y como los hechos nos enseñan, «las razas pueden cambiar de idioma y la historia nos suministra muchos ejemplos de razas que adoptan las lenguas de otras razas». Pero no se sigue de aquí, como Müller parece querer insinuar por amor á la Biblia, que se pueda admitir la unidad bíblica de la humanidad, á despecho de la pluralidad de lenguas y de sus diferencias primordiales demostradas.

Adoptar esta idea sería cometer un error grosero, sería pecar contra toda sana lógica; sería verdaderamente absurdo pensar que en todas partes los hombres se hubiesen creado una nueva lengua para divertirse y pasar el tiempo. ¿Se puede imaginar para el hombre algo más penoso que carecer de los medios para entenderse con sus semejantes? ¿Y habrían de haberse privado los hombres de una lengua que ya poseían para constituir una moda? ¿Habrían de haber comenzado un trabajo tan difícil, que quizá habría durado durante siglos? ¿Y para qué?

Si hubiese habido en otro tiempo una lengua primitiva única que hubiese sido la lengua de un género humano de origen único, el hebreo por ejemplo, como piensan «los teólogos eminentes de Müller», no habría actualmente *una sola* lengua que no pudiese referirse al hebreo. Pero esto no es así. Por el contrario, la existencia actualmente incontestada de un gran número de lenguas de *origen diferente*, es la prueba más clara, la más irrefutable de la plurali-

dad de origen de los hombres *del poligenismo más extendido*; porque solas bandas de hombres primitivos y de diferencias primordiales, bandas que nada de común tenían entre sí, podían y debían necesariamente, las unas independientemente de las otras, obedeciendo sus miembros á la necesidad inevitable de entenderse entre sí, producir lenguas de diferencias primordiales. Demostrada la existencia de semejantes lenguas, absolutamente puesta fuera de duda, supuesto forzosamente que han existido en otro tiempo bandas humanas, las cuales desde las épocas primitivas diferían las unas de las otras, *jamás habían emparentado* y no habían vivido jamás en comunidad. Es imposible llegar á otra conclusión.

Müller invoca en favor de la concepción bíblica un hecho bien conocido: las diferencias de raza y de lenguaje no se sobreponen, «lenguas diferentes pueden ser habladas por una sola raza, ó bien la misma lengua puede ser hablada por razas distintas». Este hecho, sin embargo, es bien fácil de explicar, sin la hipótesis de nuevas lenguas primitivas que se hubiesen formado en el curso de la historia (1). Diferentes tribus humanas han destruido su propia lengua para adoptar la de otras tribus con las cuales se confundían. Es este un fenómeno sobre el cual habremos de dar nuevos detalles.

No hemos de mencionar aquí más que el hecho de la pluralidad de lenguas *primordialmente diferentes* y la manera cómo ha sido considerado esto por diversos filólogos eminentes.

La pluralidad primordial de las lenguas primitivas

(1) No cesa de haber en el curso del tiempo lenguas que sucumben y *jamás se producen nuevas lenguas*, (Schleicher: *Ueber die Bedeutung der Sprachen*, pág. 23.)

está bastante demostrada por las diferencias esenciales que se reconocen entre las familias y grupos de lenguas actualmente conocidas: las diferencias son tan profundas y tan variadas, que es imposible pensar en un parentesco cualquiera entre estos grupos: los unos no pueden descender de los otros; los unos y los otros no pueden tener un origen común.

Aunque la comunidad de las lenguas, dice Joly, no tenga siempre valor etnológico, algo significa su irreductibilidad, es decir, la imposibilidad de relacionarlas todas con una lengua primitiva y común.

Esta irreductibilidad parece dar claro testimonio de la pluralidad de los centros de creación lingüística. Nadie piensa, por ejemplo, en hacer derivar el chino del hebreo ó del sánscrito.

En modo alguno pueden relacionarse entre sí estas lenguas. No ha existido la lengua *primitiva única*; lo que ha habido, por el contrario, son muchas lenguas primitivas. El hombre, al inventarlas (sería mejor decir que las ha creado), no ha hecho más que seguir una de las inclinaciones más irresistibles que comprende su naturaleza: la pendiente que le impulsa á comunicar sus ideas (1).

Esta opinión está sostenida por los más célebres filólogos: ella es, puede decirse, la que triunfa y la que reina.

En tanto, no se trata más que de la conexión entre

(1) Joly, l. c., pág. 382. Schleicher expresa una idea análoga. Es positivamente imposible referir todas las lenguas á una sola lengua primitiva. El investigador imparcial llega, por el contrario, á reconocer tantas *lenguas primitivas* cuantos troncos lingüísticos puede distinguir. Nos vemos, pues, obligados á admitir un gran número (imposible de precisar) de lenguas primitivas (*Ueber die Bedeutung der Sprachen*, etc., páginas 23 y 24).

la *diversidad primitiva reconocida* de las lenguas y la unidad ó diferencia de las tribus humanas.‡

A ejemplo de Max-Müller, los filólogos observan sobre este punto la mayor reserva. Para no empeñarse en una polémica etnológica, no cesan de afirmar que la diversidad de lenguas nada tiene de común con la unidad ó pluralidad de las razas humanas.

Esta proposición, ya lo hemos dicho, no se aplica más que en un sentido, es decir, cuando se *desciende* en el curso de la historia, pero no es justa cuando se la remonta. Bien lo sienten los filólogos, los cuales, después de haber hecho constar la diferencia primitiva de las lenguas, vacilan en deducir la sola consecuencia posible y se atrincheran detrás de toda especie de rodeos dialécticos ó de frases misteriosas.

Max Müller, por ejemplo, dice: «Para afirmar que las lenguas tienen orígenes múltiples, sería preciso comenzar por demostrar que la comunidad de origen es imposible.» En seguida añade triunfalmente: «Semejante imposibilidad jamás ha sido demostrada en lo que concierne á un común origen de los dialectos arios y de los dialectos semíticos» (1).

Es, á la verdad, mostrarse bastante exigente pedir á la ciencia que haga esta prueba negativa de imposibilidad, y si se quisiese hacer depender la prueba de hechos científicos, especialmente en el dominio de las ciencias llamadas intelectuales, de la prueba nega-

(1) Vamos á demostrar que este último caso no era posible. Nos limitaremos á citar á Schleicher. Según este sabio, la fuente de las lenguas semíticas y la fuente de las lenguas indogermánicas pertenecen á una sola clase morfológica; pero presentan oposiciones tan grandes, que no es posible pensar en un parentesco entre ellas por alejado que se le considere (*Deutsche Sprache*, pág. 21).

tiva, de la imposibilidad del contrario, entonces no habría un solo hecho probado.

Max Müller nos da á menudo y con mucha prolijidad la prueba de los destinos que han experimentado diversos vocablos, y nos muestra cómo muchas expresiones modernas provienen de lenguas desde hace mucho tiempo muertas. ¿Qué diría si rechazáramos cuanto él expone como no demostrado hasta lo que nos hubo demostrado de la *imposibilidad* de hacer derivar tal ó cual palabra moderna de toda otra fuente que de aquella de donde la hace derivar? Podríamos á cada página de estos desarrollos filológicos oponerle una semejante objeción analítica, y ciertamente no faltarían vivas protestas que formular.

¡Cómo! Después de haber descubierto y fijado los parentescos más distantes y los más vastos entre las lenguas, una ciencia filológica viene á decir, al comparar otras lenguas y otras familias de lenguas: aquí no hay parentesco; aquí no hay absolutamente ninguna analogía de estructura, aquí no hay analogía, por lejana que se quiera suponer, entre las raíces; aquí no es posible pensar en un derivación. Y este aserto, ¿no bastaría en lo más mínimo para fijar un hecho científico? ¿Por qué, pues, Müller ha elegido este punto para desplegar semejante pedantería? ¿Por qué estos ergotismos? ¿Por qué, estas sutilezas escolásticas? Se complace en *creer* en la unidad de la humanidad, «falsamente comprendida á la verdad, y se empeña en un error grosero imaginando haber encontrado, en el origen de las especies» de Darwin, la confirmación de esta creencia.

Cualesquiera que sean nuestra estimación y nuestro respeto para este investigador eminente, para este pensador genial, nos vemos en la necesidad de decir

que de su argumentación se exhala un soplo en el que no podemos encontrar el espíritu de Max Müller, algo que nos parece como una concesión á la mogigatería inglesa.

El mismo Schleicher ha comprendido mejor el darwinismo y ha sabido dilucidar la génesis de las lenguas. No podemos pasar en silencio sus desarrollos acerca del asunto que aquí nos ocupa, porque en este trabajo verdaderamente clásico, refuta incidentalmente todas las restricciones que rechazan nuestros adversarios, preocupados de un éxito que no ha tenido nada de científico.

¿Ha nacido el lenguaje de una voz ó de varias voces? En otros términos: ¿todas las lenguas se derivan, sí ó no, de una lengua primitiva? Como el lenguaje es un *atributo esencial del hombre*; como el hombre no es hombre más que por el lenguaje, viene toda la cuestión á enunciarse en estos términos: ¿Proviene todos los hombres de uno solo ó de muchos? La filosofía natural se decidirá, sin duda, por esta última hipótesis, en virtud de dos razones. En primer lugar, no puede apenas imaginarse que la existencia de un miembro tan importante en la cadena de los organismos, haya dependido jamás de accidentes que amenacen la vida de un solo individuo ó de un número pequeño de individuos; además, si el hombre ha podido desarrollarse en un punto del globo, nada impide admitir que este desarrollo se haya verificado en un gran número de puntos. Crear un solo hombre ó una sola pareja hubiera sido contrario al objeto y en abierta oposición á todo lo que nosotros sabemos de la naturaleza. Según toda analogía (he aquí el darwinismo), el hombre proviene de formas inferiores; los seres salidos de estas formas inferiores no vienen á ser hombres, en el

sentido propio de la palabra, hasta que han llegado en la serie de sus desarrollos hasta la formación del lenguaje. *En la constitución de las mismas lenguas no hay nada que pueda forzar á admitir un origen común para todos.* Lejos de esto, las diferencias que las lenguas presentan en los sonidos, y, sobre todo en la relación de los sonidos con lo que expresan, son tan considerables que, ciertamente, nadie puede ser llevado estudiando las lenguas, á admitir para todas un punto de partida.

La regla es que en lenguas diferentes el mismo objeto sea representado por sonidos diferentes: no se puede, pues, invocar entre los apartamientos muy considerables que las raíces de las diversas lenguas presentan entre sí, analogías de sonidos esparcidos en diferentes lenguas. Si no se hubiese llevado á la ciencia del lenguaje una hipótesis que nos es familiar desde nuestra juventud y que procede del hebreo, esta hipótesis, según la cual todos los hombres descienden de una pareja única, *ningún filólogo hubiese tenido jamás la idea aventurada* de hacer derivar de una única lengua primitiva el conjunto de los diversos organismos lingüísticos.

¿Cómo hubiera, por lo demás, podido constituirse esta lengua que había dado nacimiento, por ejemplo, al indogermano y al chino, al semita y á la lengua de los indios bieos, al finnés y al manacoa, etc.? Las lenguas que se han relacionado por vía de ejemplo no presentan ninguna traza de origen común, aunque las trazas de este género en las lenguas realmente salidas de una primitiva, no pueden escapar completamente á la investigación científica. Muchos filólogos, en verdad, tienen una falsa tendencia á proclamar un desprecio, de todo rigor científico, al parentesco de un número de lenguas tan grande que así puedan en-

globarse. Hay, felizmente, otros filólogos en los que no existe esta inclinación y que consideran con tranquila y prudente mirada el mundo de lenguas que les rodea. Estos no pueden llegar á admitir esos enormes cuerpos lingüísticos que se componen aquí y allá, en medio de lenguas apenas semejantes morfológicamente, pero muy diferentes en su materia fonética; todavía menos pueden llegar á admitir un parentesco histórico entre todas las lenguas, una descendencia común á todas, una lengua primitiva única. ¡El origen de este prejuicio está en el mito y no en la ciencia! Allí donde se han desarrollado dos hombres se ha producido una lengua. No hubo en un principio más que separaciones fonéticas, debidas á las impresiones que provienen del mundo exterior; no hubo, en otros términos, más que el reflejo del mundo exterior en el pensar, porque pensar y lenguaje son tan idénticos como contenido y forma. *Los seres que no piensan no son hombres*; el ser humano, por consiguiente, no se hace hombre más que cuando el lenguaje comienza á aparecer; síguese de aquí, si se quiere, que suponer al hombre es suponer el lenguaje. Los sonidos del lenguaje, es decir, las imágenes fonéticas de las concepciones llevadas por los sentidos al órgano del pensar y las nociones formadas en este órgano, fueron diferentes entre los diversos hombres, ó bien fueron las mismas entre hombres esencialmente parecidos y que vivían en condiciones semejantes. Análogo fenómeno se presenta durante un período ulterior de la vida del lenguaje; hombres esencialmente parecidos, viviendo en condiciones análogas, cambian de lengua, siguiendo todos de la misma manera una inclinación interior de la cual tienen conciencia. Estas modificaciones se cumplen de una

manera uniforme en pueblos enteros. Es, pues, verosímil que en la época primitiva la formación de los sonidos significativos, los más sencillos, se produjo, de una manera esencialmente uniforme, en un gran número de individuos relacionados los unos con los otros. Pongamos un ejemplo. Los alemanes pronuncian *h* en lugar de *k* y han reemplazado la *d* primitiva, en un principio por una *t* y después por una *z*; así, siendo una forma primitiva indogermánica *dakan*, la forma inicial alemana es *tihan*, la forma ultra-alemana *zekan*, la forma alemana *zehn*. Se han efectuado estos cambios sin que ningún alemán los haya jamás premeditado ó los haya hecho adoptar por todos sus compatriotas. De la misma manera no es presumible que un solo hombre haya tenido la idea de efectuar tal ó cual designación de las cosas por medio de sonidos y haya hecho saber su designación á los que le rodeaban inmediatamente. Nada impide suponer *que el lenguaje se haya producido uniformemente entre los individuos que tuviesen lazos entre sí*. Por el contrario, admitimos también que entre una parte de hombres primitivos el lenguaje se ha formado de tal manera, de otra en otra parte, y de otra distinta en una tercera, y que posteriormente se ha transformado todavía entre los diferentes pueblos. Ha habido, pues, no una lengua primitiva única, sino *muchas lenguas primitivas* (1).

No podemos acabar mejor este capítulo que citando un pasaje de Dieffenbach:

«La continuidad de la conexión entre todos los géneros de seres del uno al otro polo, por muy bien demostrada que estuviese, no probaría que descen-

(1) Schleicher: *Deutsche Sprache*, páginas 28 á 40.

dieran en común, exteriormente y efectivamente, de un ser (germen) único; todo lo que probaría sería la conexión íntima de sus formas. Así, sobre poco más ó menos, sucede con las pinturas de los diversos períodos artísticos sucesivos, se relacionan las unas con las otras por su estilo, y progresan sin que los unos sean verdaderamente imitados de los otros, sino su continuación directa. Del mismo modo una conexión entre las formas y los seres en la superficie del globo, no bastaría á probar la unidad de su árbol genealógico; probaría simple y únicamente la ley unitaria de su génesis y de su desarrollo, de sus propiedades y de sus fuerzas, ó, para emplear una expresión griega, la ley de su unidad dinámica en la pluralidad, así como la armonía de la organización y de la estructura en la vida del planeta. Diremos, además, que las especies y los géneros hubieran podido proceder, como Darwin lo admite, de manera muy precisa, y esta sucesión, en tanto que no hubiese sido referida lógica y rigurosamente á una unidad numérica para los hombres y para el género humano, no impediría de manera imperiosa esta misma unidad numérica para los hombres y para el género humano, porque se podría objetar siempre si el hombre primero en fecha, si el hombre en el grado más bajo de la humanidad, ha podido descender del mono más perfeccionado, del mismo modo que los primeros hombres han podido descender, en localidades diferentes, de sus antecesores respectivos.

«Desde nuestro punto de vista actual, prontos como estamos á abandonarlo, desde mañana mismo, siempre que se nos presenten argumentos valederos, diremos: en tanto que la unidad primitiva de las lenguas no haya sido demostrada y que la demostra-

ción parezca imposible (como le parece á Pott principalmente, que tantas lenguas posee), consideramos que es, en efecto, imposible demostrar la unidad primitiva del hombre.» (*Vorschule der Vöelkerkunde*, 1864, pág. 19.)

XXII

Desarrollo de la humanidad y desarrollo de las lenguas.

Abracemos ahora estos dos hechos que están entre sí en una relación de causa ó efecto, el poligenismo de la humanidad y el poligenismo de las lenguas, y preguntemos cuál ha sido, en el curso del desarrollo histórico, la correlación forzada entre las diversas comunidades humanas y el conjunto de las lenguas; veremos que una sana lógica no nos permite dar más que una sola respuesta á esta cuestión, y que esta única respuesta está brillantemente confirmada por los hechos de la historia conocida.

No nos está permitido, reconozcámoslo desde luego, pensar que en todo el curso del desarrollo histórico hayan obrado fuerzas diferentes de aquellas que vemos reinar todos los días, á toda hora, en la vida de los hombres. Hemos debido suponer que estas fuerzas obraban también en la génesis del lenguaje.

Hemos reconocido que una de estas fuerzas que crea las lenguas es la tendencia irresistible del hombre á entenderse con su prójimo. Esta tendencia se manifiesta actualmente. Es la que *impulsa á los hombres á aprender las lenguas extranjeras.*

¿Qué debió ocurrir cuando en una ocasión cual-

quiera dos ó más comunidades humanas extrañas llegaron á ponerse en contacto? Evidentemente, lo que en semejante caso no pudo faltar siempre y en todas partes, es lo que se produce todavía en nuestro tiempo y en semejante ocasión. Estas comunidades extrañas por la lengua procuraron entenderse, y, por consiguiente, uno de los elementos étnicos adoptó la lengua del otro. ¿Cuál? Esto dependía de las circunstancias, de la fuerza numérica respectiva ó de la potencia de los dos grupos. A veces se formaba una amalgama de las dos lenguas, pero esto era ciertamente muy raro: la historia y la tradición lo enseñan.

El aumento de relaciones entre los hombres, la fusión de las comunidades (operada generalmente por vía autoritaria) entraña para las lenguas «una especie de lucha por la existencia». (Nos servimos de la expresión darviniana). Las unas sucumben y desaparecen; fenómeno muy natural, real, como nos lo enseñan numerosos ejemplos tomados de la historia y del tiempo presente. Las otras, las que triunfan y sobreviven, toman también así más grande extensión. Este proceso recomienza y se continúa indefinidamente. Tenemos testigos de diversos géneros. Los unos son muertos, pero sus asertos, que nos han sido conservados por las literaturas de la antigüedad, dan prueba bastante. Los otros no son lenguas muertas, son lenguas que se hablan todavía en otras partes del mundo, pero cada vez menos. Están en camino de desaparecer: los pueblos que las hablan se encuentran en contacto con pueblos más poderosos.

Es fatal que suceda así, y no solamente es así, sino que ha sido en épocas de las cuales no tenemos ningún conocimiento histórico. Los filólogos conocían

este hecho; á veces no lo explican como nosotros. Durante los períodos, ciertamente muy largos, que han precedido á la historia propiamente dicha, dice Scheleicher, ha habido verosímilmente innumerables lenguas que han perecido, mientras que otras se extendían más allá de su dominio primitivo y se diferencian y se multiplican (1). «La diferenciación» hace pensar, en primer término, en los numerosos dialectos de las lenguas más esparcidas.

Permítasenos formular una reflexión á propósito de este fenómeno.

Cuando los extranjeros adoptan una lengua que las circunstancias les presentan ó les imponen, no llegan jamás á hablarla como los que la reciben de la lengua que acaban de adoptar; forman un dialecto, ó si la mezclan con residuos de la lengua anterior, forman una especie de jerga.

Esta formación de dialectos tiende aparentemente á la pronunciación que los extranjeros poseen hereditariamente ó que les ha dado su lengua anterior, quizá porque sus órganos fonéticos están de nacimiento conformados de otra manera (2).

Es fácil corroborar este aserto con ejemplos vivos y actuales. Recordemos por ejemplo, las diversas

(1) *Bedeutung der Sprache*, etc., pag. 23.

(2) Es verosímil que existían diferencias en los órganos fonéticos de las diversas fuentes. Dieffembach (*Vorschule der Völkerkunde*, pág. 49) y Schleicher, después de él (*Bedeutung der Sprache*, pág. 8), han insistido sobre este punto. Esto no es, por lo demás, más que una causa secundaria de la diferencia de lenguas. Hemos visto que estas diferencias existen *a priori* y que tienen una diferencia de origen. En cuanto á los dialectos, no se puede explicar la formación de la mayor parte de ellos más que por estas «diferencias materiales que aun actualmente escapan á la percepción inmediata y quizá se escapen siempre á la observación directa» (Schleicher).

maneras cómo se pronuncia el alemán: en Silesia, en donde esta lengua es hablada por una población de origen slavo, en las orillas de Rhin, en los diversos países alpinos, tales como el Tirol y la Styria, en donde es hablada por poblaciones que no son de origen germánico. Sábese también que los judíos se transmiten hereditariamente, desde hace siglos, en todos los países de Europa, una pronunciación especial.

Siempre y en todas partes se ha operado, como hemos indicado, la formación de los dialectos. Por todas las partes en que encontramos dialectos muy marcados, podemos estar ciertos de que los elementos étnicos que los hablan han hablado en otro tiempo otras lenguas. Estos dialectos revelan todavía actualmente la costumbre que tenían sus creadores de hablar otra lengua, y aun la diferencia originaria de los órganos fonéticos de un elemento étnico extranjero (1).

No podemos terminar este capítulo sin señalar una curiosa analogía que nos presenta el desarrollo de tres fenómenos diferentes que hemos estudiado aquí.

(1) Tal es la respuesta que damos á la pregunta de Renán: ¿Cómo explicar esta sorprendente homogeneidad que hace que el hebreo, el fenicio, el caldeo, el siríaco, el árabe, el etíope, parezcan fundidos en el mismo molde que las numerosas ramas de la familia indoeuropea, tengan de un extremo á otro del mundo, el mismo fondo de raíces, y en un sentido muy verdadero, la misma gramática? Y lo que nos autoriza á dar esta respuesta son *hechos* tales como estos: la lengua de los romanos en Francia se ha convertido en francés, porque fué adoptada por una *raza extranjera* (ésta en gran parte) que abandonó su lengua anterior; pero ha conservado su manera de hablar anterior, es decir, su *pronunciación* y sus hábitos de lenguaje. De una manera análoga se han producido las diversas lenguas romanas y las diversas lenguas semíticas. La propagación de una lengua *victoriosa* única sobre muchas razas heterogéneas, tal es la solución del enigma.

Quizá no es temerario afirmar que esta triple analogía en el desarrollo natural de tres fenómenos nos permita echar una ojeada en el laboratorio santo de la naturaleza. A ejemplo de un gran número de pensadores y de filósofos modernos, sospechamos en el obrar de esta naturaleza, como hemos indicado más arriba, esta «unidad de ley», ó, por mejor decir, esta ley unitaria del venir á ser, cuyo conocimiento es el objeto elevado de toda ciencia.

Hemos mostrado que la humanidad ha comenzado verosímilmente por un número de bandos por extremo considerable; que verosímilmente no han cesado las relaciones entre estos bandos, haciéndose más frecuentes y conservando un carácter de hostilidad ó de explotación recíproca; que constantemente el número de bandos, que no teniendo fuerzas para defender el suelo que ocupaban, se veían forzados á evacuarle mientras que otros bandos se extendían cada vez más. ¿No vemos actualmente aglomeraciones forzadas á retroceder mientras que otras toman posesión de los campos ensangrentados de batalla?

Las lenguas empiezan como empieza la humanidad. Por un número muy grande de lenguas comienzan los hombres primitivos á expresar sus pensamientos. A medida que las relaciones se multiplican y se desarrollan, desaparecen ciertas lenguas sin dejar rastros, ó van á figurar en el número de lenguas «muertas», sobrevienen otras y no cesan de ganar terreno, de afirmar su poder.

Para la ciencia del lenguaje, cada lengua en particular es un microcosmos que reproduce lo que pasa silenciosamente y de ordinario, sin atraer la atención en el conjunto de las lenguas. Cada una de ellas nos ofrece un espectáculo análogo á aquel que nos pre-

sentan, en sus comienzos, las comunidades humanas en la escena de la historia. Toda lengua primitiva comienza por un número de raíces, y el desarrollo del lenguaje es un combate por la existencia librado por las raíces, y las formas. La mayor parte de estas raíces y de estas formas perecen y desaparecen, pero las que sobreviven adquieren un poder y una significación intelectual cada vez mayor, de suerte que en medio de los miserables restos de la abundancia anterior, el espíritu del hombre acaba por señorear un mundo de pensamientos precedentemente no sospechado.

Cualquiera que sea la importancia de estas analogías (insistiremos sobre este punto), nos limitaremos ahora á una última observación; no consideramos limitada la serie á estos tres fenómenos. Estamos persuadidos que si son un reflejo, aunque sea débil y lejano, de una ley natural, debemos volverle á entrar en otros dominios de la naturaleza y de la historia. El capítulo siguiente nos suministrará una vez más la ocasión de recordarlo.

XXIII

Poligenismo y religiones.

Nos hemos alejado más que lo que nos proponíamos del objeto inmediato de nuestras investigaciones: hemos llevado quizá demasiado lejos la digresión que nos hemos permitido en el lenguaje. Nos resta por hacer una pequeña incursión en el terreno de la ciencia de las religiones. Mas por esta vez, sea cualquiera la

tentacion, evitaremos el apartarnos de nuestro camino. Este punto en el nuevo dominio debe, por lo demás, aproximarnos á nuestro objeto.

Se puede, considerando el origen y el desarrollo de las religiones, lo mismo que al considerar el origen y el desarrollo de las lenguas, si no corroborar la demostración del poligenismo, por lo menos esclarecer con algo de luz la dirección seguida por el desarrollo de la humanidad tal como nosotros lo hemos indicado.

Schleicher, al designar el lenguaje como «un atributo esencial del hombre», ha elegido una expresión demasiado débil. Sea que se asocie íntimamente al lenguaje, al pensar humano, como Geiger lo hizo de una manera exagerada, sea que, á ejemplo de tantos otros filólogos y filósofos á los cuales nos asociamos, se limite á considerarlo, no como una causa del pensar, sino como un efecto, y á fusionarle completamente con el pensamiento, no se vacilará en considerarle, no como un atributo del organismo humano, sino más bien como una *función necesaria* de ese mismo organismo.

El mérito de los filólogos modernos, principalmente de Max Müller, consiste en haber señalado la analogía esencial existente en un gran número de puntos entre el lenguaje y la religión. Se había observado en el desarrollo de la religión una regularidad análoga á la ya observada en el desarrollo del lenguaje, una regularidad que presenta igualmente un carácter orgánico: esto conduce á poner algunas comparaciones. Max Müller, con perfecto derecho, se ha apoyado en estas observaciones para emprender la fundación de la religión que fuese en cierto modo una nueva fase de desarrollo de la teología y de la filoso-

fía de la religión, ó al menos una rama nueva de la ciencia.

En lo concerniente, ante todo, á la base de la religión, la causa de su génesis, Müller la ve, como la ha visto para el lenguaje, en una «facultad de creer», «Del mismo modo que hay, por decirlo así, en el hombre una facultad del lenguaje independiente de todas las formas históricas de que están revestidas las lenguas humanas, del mismo modo hay en el hombre, en cierto modo, una facultad de creer independientemente de todas las religiones históricas (1).

La expresión de atributo humano empleada por Schleicher, nos parecía débil para explicar la génesis del lenguaje; en lo que concierne á la religión, la «facultad de creer» nos parece igualmente insuficiente. La existencia de la facultad no implica *la necesidad de ejercer la facultad*, y permite creer falsamente que el hombre haya tenido el mérito de «elevarse á la noción de lo infinito» y á hacer todo lo que se designa por medio de las locuciones de este género, cualesquiera que sean: sería por este mérito por lo que el hombre se distinguiría de los animales.

Desde el punto de vista científico, el hombre no tiene ningún mérito por tener fe ni nada de lo que con ella se relaciona: «conciencia de la divinidad», suposición de lo infinito. «Creer, sospechar, en una palabra, todo lo que así se designa, no es más que una función de su organismo sensitivo é intelectual á la vez. A este propósito, no podemos definir la creencia de la religión de otro modo que como lo hemos hecho en otra parte.

(1) Max Müller: *Vorlesungen über vergleichende Religionswissenschaft. I.—Vorlesung.*

«El conjunto de las ideas que se forman en el espíritu humano sobre todas las cosas que no se está en situación de percibir por medio de los sentidos, pero que una invencible necesidad de su carácter le impide conocer, he aquí lo que llamamos religión. Son tan poderosas estas ideas, que muy á menudo conforma el hombre con ellas su vida y sus acciones: y en su vista tiene en cuenta todo lo que hace y lo que deja de hacer; lo que se manifiesta por toda especie de actos religiosos, de sacrificios, de súplicas, etc...

»La religión, pues, no es un producto artificial de la imaginación humana, sino una *función natural y necesaria* del espíritu humano determinado y limitado, que un deseo insaciable impulsa eternamente hacia el más allá de las fronteras que le son impuestas por la naturaleza (1).»

Si el lenguaje, como hemos visto, ha brotado de la irresistible necesidad que impulsa al hombre á entenderse con su semejante, la religión tiene su fuerte, podríamos decir en la necesidad, no menos poderosa que impulsa al hombre á entenderse consigo mismo, es decir, á explicarse cosas desconocidas imposibles de percibir por medio de los sentidos y por la inteligencia, aunque siendo causas de fenómenos perceptibles por medio de los sentidos, ó cuando menos á responder por ciertas suposiciones y ciertas ideas, á ciertas preguntas que se imponen á él sobre ciertos asuntos y que no se pueden resolver de otro modo, ó en todo caso para tranquilizar ó reducir al silencio su espíritu inquieto por estas cuestiones (2).

(1) Véase mi obra *Verwaltungslehre*, etc. Innsbruck, 1822, página 193 y siguientes.

(2) Compárese á este propósito Pfeiderer: *Die Religionen*.

Así concebida la religión, lo mismo que la lengua, se presenta como una consecuencia del pensar, porque si el hombre no fuese un organismo pensante, no le inquietaría lo que está más allá de la frontera de sus sentidos, no despertaría su curiosidad ni afectaría á su pensamiento. Toda idea religiosa de hecho no es más que el reflejo intelectual producido por la excitación que ejercen sobre el pensamiento humano las cosas que no caen bajo el dominio de los sentidos, ó, por mejor decir, lo desconocido, lo que traspasa los sentidos, lo que se supone existir más allá de los límites entre los cuales puede el hombre encontrar la verdad.

Esta concepción de la religión está lejos de ser nueva: parte, que nosotros sepamos, de Hume (*Natural history of religion*). Este filósofo es el primero que ha considerado la religión como una emanación necesaria del temperamento intelectual y que atribuye la génesis á la cooperación natural de los sentimientos del hombre con su *facultad imaginativa*. La filosofía alemana, desde Kant, ha expuesto este pensamiento á su manera bajo las más diferentes formas.

Sobre todo Kant atribuye el origen de la religión á la tendencia que se encuentra en el espíritu humano á salir de lo finito y á avanzar en lo infinito. Nos parece que es Guizot quien ha formulado este pensamiento con más simplicidad y claridad. Hay, según él, en la naturaleza humana, en el destino humano, problemas cuya solución está fuera de este mundo, problemas que se refieren á un orden de cosas extrañas al mundo visible y atormentan invenciblemente el alma del hombre, problemas que el alma quiere absolutamente resolver. La solución de estos problemas, las creencias, los dogmas que la contienen,

tal es el primer objeto, la primera fuente de la religión (1).

No creemos que entre esta concepción de la ciencia de las religiones y los resultados de las investigaciones tan profundas como geniales de Jul. Lippert (2) haya contradicción de principios.

Nada impide adherirnos completamente á la opinión de Sippert, cuando señala que el origen de las religiones se encuentra en el «culto de las almas», se tiene hasta el deber de decir que Sippert ha presentado perfectamente esta demostración. Conviene, sin embargo, hacer dos restricciones. En primer lugar hay también *otros factores intelectuales* que han influido en la formación y el desarrollo de las religiones. Estos factores son secundarios; sea. Su intervención no se ha verificado más que durante una fase posterior del desarrollo; de acuerdo. En todo caso, no están excluidos por la demostración de Sippert. En

(1) La explicación de Hellwald no nos parece tan buena. La causa de las religiones consistiría en la inclinación primordial del hombre á formar ideales. Véase *Culturgeschichte*, pág. 30.

(2) *Der Seelencult in seinen Beziehungen zur altthebraischen Religion*. Berlín, 1881, y *Die Religionen der europaischen Kulturvolker*. Berlín, 1881. Lippert resume en el pasaje siguiente el resultado de sus investigaciones. «Se reconocen bien claramente las nociones del culto de las almas entre los pueolos no civilizados, lo mismo que se le encuentra con no menos claridad entre los pueblos civilizados del Asia Oriental. En este culto, creo haberlo demostrado, reposaba la religión de los antiguos hebreos, la de los eslavos, la de los germanos, la de los griegos y la de los romanos. Cuando se quiere comprender y exponer las mitologías de estos pueblos hay que comenzar por colocarlos sobre esta base: creo también haber demostrado que es necesario proceder así. Un poco más, y se habrá probado inductivamente la necesidad, así como la posibilidad, de hacer provenir de una sola y misma raíz todo el desarrollo de una religión sobre la tierra en todos los pueblos y en todas las épocas» (*Religionen*, pág. 484).

segundo lugar, el culto de las almas, como Sipper lo expone, tiene sus raíces en la *inquietud* del espíritu humano producida por un fenómeno misterioso (la muerte), así como por alguna cosa desconocida y relacionada con el más allá de los sentidos (lo que se llama alma); la explicación de Sippert no es más que una *parte del conjunto* de nuestra concepción, expuesta más arriba, de la esencia de la religión. No queremos en modo alguno con estas reservas aminorar el gran mérito que ha tenido Sippert al reconocer que el origen de las religiones se encuentra en la historia, en los hechos, de penetrar hasta el mundo intelectual, hasta la significación primitiva de las religiones.

De esta esencia de las religiones, sea según nuestra concepción, sea según la concepción más *amplia*, en Sippert resulta una conclusión importante á propósito de su historia primitiva; porque es evidente que la religión ha debido tomar nacimiento en todas partes en donde ha habido hombres y desde que los ha habido: así, pues, si es así, la multiplicidad primitiva de las religiones, lo mismo que la de las lenguas, se explica fácilmente desde el punto de vista del poligenismo; ambos se conciben de la misma manera.

Gran número de estas religiones primitivas han desaparecido ciertamente en el curso de la historia con sus fieles (esto mismo ha ocurrido actualmente en religiones de pueblos en estado natural); hay ciertamente también muchas religiones que se han mezclado con otras á compás y á medida que sus adherentes se han repartido sobre la tierra, á compás y á medida que ha progresado la función étnica de la humanidad. Esto explica el politeísmo y la inmensa complicación de las mitologías de los pueblos históricos; porque la tendencia á admitir dioses extranjeros y á colocarlos

bajo una forma cualquiera (en diversos grados jerárquicos, etc.) al lado de los dioses indígenas, ha existido siempre en todos los pueblos. Así fué cómo los romanos, según todo el mundo sabe, dieron hospitalidad á todas las divinidades de los pueblos vencidos (1).

De otra parte, ninguna religión nueva introducida victoriosamente ha venido, en ningún pueblo, á extirpar completamente la antigua religión hereditaria. ¿No se sabe que las naciones europeas, convertidas al Cristianismo, hayan conservado hasta ahora bajo otros nombres, bajo otras formas, algunas de sus antiguas divinidades (2)? Las concepciones religiosas son aún más vivaces que las lenguas; son más fácilmente adoptadas por los pueblos extranjeros; desaparecen muy difícilmente en cuanto una nueva religión está en días de ser adoptada ó de propagarse.

Pero se despojan fácilmente de sus caracteres de descendencia lingüística, lo que hace que sea muy difícil, casi imposible, reconocer, en las grandes reli-

(1) A los antiguos dioses verdaderamente romanos vinieron á juntarse, en el transcurso de los siglos, todas las divinidades griegas imaginables y aun todas las divinidades orientales. La helenización de la religión romana había sido preparada por los tarquinos que, al transportar á Roma las creencias *etruscas*, hicieron desaparecer la antigua simplicidad del culto, etc., etc.» (Pfleiderer, l. c., t. II, pág. 165.) A propósito de la inmigración de los cultos y de las divinidades griegas en Roma, véase Lippert: *Religionen*, pág. 462 y siguientes.

(2) La cosa es bastante conocida; sin embargo, señalaremos un hecho muy interesante que Gobineau cita á título de *ejemplo*: «En la católica Bretaña, en el siglo último, luchaba un obispo contra las poblaciones obstinadas en el culto de un ídolo de piedra. En vano se arrojaba al agua el grosero simulacro; sus obstinados adoradores le sacaban, y fué preciso la intervención de una compañía de infantería para hacerle pedazos. Véase cuál qué y cuál es la longevidad del paganismo» (*Desigualdad de las razas humanas*. París, 1853, tomo I, pág. 29).

giones nacionales históricas ó en las numerosas mitologías actuales de los pueblos, los diversos elementos pertenecientes á los grupos étnicos de origen diferente y la procedencia de estos elementos. No dejaban tampoco de existir estas diferencias de origen en todas las religiones nacionales; aunque no estuviesen declaradas por testimonios históricos, nos serían textificadas por una circunstancia que se encuentra en todas las épocas de la antigüedad: es que siempre ha habido en ciertas divinidades que no eran honradas más que en ciertos lugares y por ciertos grupos sigenéticos, tales como las tribus ó como las asociaciones de gentiles en Roma. Así, encontramos en Egipto, los diversos períodos de su historia, en las diversas partes del país, diversas divinidades (Ra, Ptah, Ammón), que desempeñaban, sobre poco más ó menos, el mismo papel bajo nombres diferentes. Del mismo modo entre los griegos, las diversas tribus tenían sus divinidades especiales.

Por otra parte, vemos leyendas que recuerdan la dominación sucesiva de diversas razas de dioses, que reaparecen muchas veces en la mitología griega del mismo modo que en la mitología del Norte. Es muy verosímil que se refieren al hecho de adopción sucesiva de religiones diferentes, porque la dominación de una divinidad no es jamás causada más que por la dominación de la tribu á cuya divinidad se tributaba culto, y es cierto que á menudo un destronamiento de dioses corresponde á la sumisión de un pueblo por otro: los dioses de la raza vencida continúan viviendo en el recuerdo, como que han sido destronados por los vencedores y expatriados por ellos de su dominación. Es lo que ocurrió con los dioses europeos después de la introducción del cristianismo en Europa.

En la lectura de la obra de Lippert, titulada *Religión*, se puede asegurar que todas las aseveraciones que nosotros hemos emitido son exactas. He aquí por qué no podemos dispensarnos de consagrar todavía algunas palabras á esta memorable obra. Veamos en primer lugar lo que concierne al origen del politeísmo. «Existía entre los romanos, como dice Pfeiderer, una innumerable cantidad de seres divinos subordinados.» Pfeiderer explicaba esta superabundancia como la habían explicado muchos autores antes que él: por la necesidad «de invocar una divinidad protectora especial para toda la existencia, para toda la localidad, para toda situación y toda actividad, necesidad que se deriva por partes iguales de una supersticiosa dirección del temperamento intelectual y de una dirección dada á la inteligencia por una lógica abstracta (1)». Resulta de las investigaciones de Sippert que esta necesidad era más concentrada, más especial, y que por sí sola no hubiera producido jamás un número de dioses tan exagerado; que este exceso proviene de *la amalgama de numerosas tribus y de numerosos elementos étnicos*, y que proviene, por consiguiente, de la amalgama de las divinidades especiales en estas tribus y en estos elementos.

Toda religión ha comenzado por ser un culto de almas, practicado por divinas asociaciones y «grupos genealógicos», por diversas tribus. A medida que estos grupos se fundieron en reuniones y asociaciones más considerables, los numerosos cultos de almas vinieron á ser, por decirlo así, la propiedad común de la nueva asociación; de suerte, que cesando de adorar los divinos «espíritus» precedentemente reveren-

(1) Pfeiderer: *Religión*, tomo II, pág. 166.

ciados por los divinos elementos, se dirige desde entonces á una multitud de espíritus comunes, á los cuales la imaginación popular atribuye diversos papeles.

De esta manera es como la imaginación de los pueblos (por la intervención de los sacerdotes) creó jerarquías enteras de dioses, en medio de divinidades elementales primitivas de los divinos elementos étnicos, y tegió en medio de estas jerarquías el velo de las leyendas mitológicas. Así se explica la aserción de Herodoto. «Apenas es desde ayer ó antes de ayer, cuando los helemos saben de dónde proviene cada uno de los dioses y si todos estos dioses han existido siempre y de qué forma son, porque Herodoto y Homero fueron (no tienen sobre mí más que cuatrocientos años) los que han creado la raza de los dioses de los griegos, los que han dado nombres á las divinidades, los que han repartido entre ellos los honores y las artes é indicado sus formas (1).» ¿Pero cómo han pasado las cosas? ¿De qué manera las divinidades de los diversos grupos étnicos han venido á ser la propiedad común de las grandes aglomeraciones sociales constituídas por ellos? Lippert, entre otros, lo describe de la manera siguiente:

«Los espíritus protectores más honrados por las diferentes tribus (y esto ocurre en Grecia), fueron más reverenciados á medida que las tribus adquirían más importancia: probado está, por la manera misma con que se han producido y la historia lo testifica, las múltiples revueltas de poblaciones que se han verificado en las regiones de la cuenca oriental del Mediterráneo. No podía menos de suceder fácilmente que

(1) Véase Lippert: *Religionen*, pág. 248.

estas pequeñas tribus independientes tan numerosas se entrelazasen de manera que fuesen á constituir en una región cualquiera mezclas extrañas (por todas partes, según nuestro entender, esas tribus han constituido entrelazamientos de este género). En todas partes, algunas de estas pequeñas tribus se han elevado, mientras que otras declinaban. Con relación á estas diversas tribus, los principales grupos étnicos que nos son familiares son, sobre poco más ó menos, lo que los francos y los sajones alemanes con relación á los pueblos de Tácito. En resumen: se ha producido un gran desarrollo nacional y político. No podemos figurarnos que este desarrollo se haya efectuado sin entrelazarse con las ideas religiosas, porque sabemos cómo se representaban á los espíritus protectores: haciendo la guerra, ganando batallas y sometiendo pueblos. Hay que añadir conquistas más positivas: las realizadas por los cultos que no estaban sostenidos por ejércitos victoriosos, pero que sabían hacerse respetar y que se imponían por sus corporaciones de sacerdotes, principalmente aquellas que, dictando oráculos, se hacían indispensables á la humanidad vacilante y temerosa (1).»

De otra parte, la transformación de las divinidades primitivas de familias y de tribus en divinidades de pueblos y de naciones, se opera de una manera muy sencilla: el nombre de la comunidad primitiva se convierte en nombre individual. Por consiguiente, las innumerables divinidades de familias y de tribus que no tenían más que un nombre de comunidad (quizá con adición de la designación patronímica) se convertirán en Dios nacional único por la transformación del

(1) L. c. p. 340.

nombre de comunidad en un nombre individual. A semejante transformación se debe el puesto que ocupa en la mitología griega el Zeus griego por encima de otros dioses: Lippert lo demuestra. Es de interés el siguiente pasaje: «En otro tiempo, durante *innumera- bles generaciones*, el dios de familia ó de tribu ha sido designado como un *Zeus*: este hecho persiste en el culto y en el recuerdo. Las leyendas relativas á tantas generaciones de héroes y de reyes salidos de Zeus y los mitos sobre la juventud del dios, dan testimonio de este recuerdo.»

El desarrollo de la mitología romana tiene por base también «la formación de la ciudad por el enlace de divinas unidades de tribus que se coordinan de manera que constituyen un ser común, un todo cerrado». No se puede comprender y apreciar el desarrollo de esta mitología sin admitir la base étnica. Ella produjo, aun en la misma Roma, este género de multiplicidad de cultos paralelos» que entrañan una comunidad y una unidad locales de elementos étnicos que no tienen enlace alguno genealógico entre sí.

Para las demostraciones de detalle bueno será buscarlas en Lippert. Pocos casos tenemos que señalar en este punto: «La Roma de época que comienza inmediatamente después del establecimiento de fortificaciones sobre el nuevo Capitolio, es decir, la de las familias que pertenecen á las fuentes étnicas diferentes y que habían ocupado diversas colonias en el perímetro de la ciudad, nos da á conocer *cuatro* dioses de familias que reinaban allí: Jano, Júpiter, Marte y Quirino. Todos llevan la designación de *Patres*; Júpiter y Jano son también reyes, y se presentan incontestablemente como perteneciendo al sistema que sostenemos de divinidades de tribus.

Estas divinidades de tribus coordinadas en el origen, entraron con el tiempo en una jerarquía correspondiente á la verdadera condición social y á la pujanza de su tribu, tomando funciones y papeles especiales en la mitología del pueblo en vías de formarse.

A medida que se aseguran el territorio y la organización del Estado y á medida que aumenta la *accesión de nuevos elementos étnicos*, más cultos domésticos pasan de la práctica doméstica á la práctica pública y nuevos dioses aparecen, multiplicándose tanto que llegó á llenarse el Capitolio. El dios *romano*, en el sentido más estricto de la expresión, era un dios público: era su sola cualidad distintiva. El Capitolio, es verdad, acaba por encerrar gran número de divinidades, que se puede tentar no sin éxito el transformarlas en alegorías del mundo real; pero la historia de estas alegorías no es la historia de la religión: es la historia de *la decadencia de la religión más antigua de la humanidad*.

Lo más interesante de Lippert son las pruebas que da para mostrar cómo más tarde una erudición estrecha se ha esforzado por atribuir jerarquías de dioses y mitologías sistemáticas á las naciones que habían sido detenidas por la introducción del Cristianismo en el desarrollo natural de «sus religiones», y que, por consiguiente no habían podido llegar á imaginar estas jerarquías y estas mitologías. Tales demostraciones se aplican especialmente á los slavs y germanos. Estaban todavía estos pueblos en un grado muy primitivo de desarrollo social y religioso, cuando fueron sorprendidos por el Cristianismo: no tuvieron tiempo de unificar, de sistematizar en una mitología nacional única sus innumerables divinidades de tribu.

Sin embargo (tanto se ha pronunciado la tendencia

del espíritu humano por poner siempre la unidad en el comienzo del desarrollo y en ver por todas partes un sistema estrictamente limitado), la erudición cristiana, inspirada por un orgullo nacional estrecho que no quería que se le dejase detrás de los griegos y romanos, se esforzó en fabricar una mitología germánica unitaria, una mitología slava unitaria. Ni la una ni la otra habían existido en *ninguna época*.

También sobre este punto se encontraron pruebas de detalle en Lippert. Nos limitaremos á tomarle el siguiente característico pasaje: «Los slavos, hásta su cristianización, no habían tenido tiempo de conocerse bastante de *tribu á tribu*, para establecer, ó bien cambio, ó bien adopciones recíprocas de dioses. No habían tenido ocasión de asociar sus dioses por medio de ficciones poéticas y de crearles genealogías. La posteridad creyó un deber reparar la omisión, y del mismo modo que en nuestro siglo se produjo una mitología que, para crearse puntos de apoyo, se ha visto obligada muchas veces á recurrir á falsificaciones de documentos. El rasgo común de su método fué considerar, sin exámen como propiedad indivisa de todos los slavos, los nombres de dioses slavos, descubiertos no importa dónde; después de buscar en las circunstancias más accidentales una analogía con el mito greco-romano, de encontrar, tanto como es posible en el sánscrito, una raíz de nombre de resonancia mística, de descubrir tres grandes dioses, de poner en primera línea uno de ellos especialmente y de hacer venir á continuación la pléyade de dioses inferiores, poseyendo oficios subalternos, los sabios slavos se han ocupado en formar así los dioses: no podemos quererles mal al ver que se han labrado en nuestra *propia forja*.

Lippert, en sus investigaciones y explicaciones, nos ha hecho el servicio de enlazar la marcha del desarrollo social de la humanidad, y nos ha demostrado la imagen de ese desarrollo en el desenvolvimiento de las religiones. Ha confirmado así por completo la concepción que acabamos de desarrollar. No tenemos que hacerle más que una objeción, á saber: que no busca lógicamente los comienzos de este desarrollo en la multitud de grupos sociales independientes admitidos por nosotros. A menudo, por el contrario, se expresa conformándose con la tradición, como si admitiese una unidad primitiva y una diferenciación posterior: esto constituye evidentemente una inconsecuencia (1).

Se confunde todavía en esta concepción tradicional al representarse las religiones desarrollándose progresivamente, partiendo del culto practicado por la familia, viniendo después al culto practicado por los grupos de familia y por las tribus, para no llegar más que á ser el culto practicado por las asociaciones locales de organismos comunales y de organismos del Estado.

¿No es expresar de una manera muy inexacta y que entrañan una falsa idea transportar la noción de «familia» á los tiempos primitivos y poner la familia á la cabeza del desarrollo (2)? Lippert convendrá en ello.

(1) Es lo que hace, por ejemplo, en la pág. 363. Llama á los griegos «un pueblo formado de fracciones que eran primitivamente pacientes, pero que se han diferenciado fuertemente y se han penetrado en multitud de maneras». Ninguna prueba suministra en apoyo de este parentesco primitivo; no hay aquí más que una concepción tradicional, la conclusión acostumbrada que parte de la comunidad primitiva y tiende á la unidad nacional.

(2) Véase, por ejemplo, lo que dice, l. c., pág. 321.

¿Qué familia podría concebirse como existiendo en épocas en las cuales, según el mismo Lippert, no existía derecho paternal, ó, por mejor decir, derecho de paternidad, referido á la noción de familia, y aun en aquella época todavía más remota en que existía maternidad, pero sin condición ni derechos maternales? Es evidente que la forma social primitiva en la que germina el primer culto, no era una familia, sino una banda congénica, y que el desarrollo ulterior, completo, se produjo, no por una diferenciación de familias primitivamente emparentadas, sino por amalgama de bandos muy heterogéneos (1).

Los preciosos resultados de Lippert no estarían vistos en su verdadera luz, á nuestro entender, y no tomarían su verdadero relieve si no fuesen transportados á la base de una concepción poligenética del desarrollo de la humanidad, porque las ideas religiosas no han sido el desarrollo de cultos familiares, de una aglomeración étnica mantenida por un parentesco primitivo, sino cultos de hordas muy heterogéneas; y si estas ideas religiosas en el culto de la historia están cada vez más relacionadas, mezcladas y combinadas, tales hechos no han sido más que la consecuencia y el reflejo de la marcha paralela del desarrollo social de la humanidad.

Terminemos con una breve observación relativa á una cuestión que no carece de relaciones con nuestro asunto: la cuestión de la probidad y de la sucesión del monoteísmo y del politeísmo. Seremos breves.

Ciertos sabios ven en el desarrollo de la humanidad un progreso constante, otros una degeneración conti-

(1) Véase nuestra obra *Rechtsstaat und socialismus*.

nua. Estas dos opiniones, dicho sea de paso, no son otra cosa que el reflejo de disposiciones personales; por lo demás, hemos de venir á insistir más adelante sobre este mismo punto. Los primeros sabios representan la más pura adoración de Dios, el monoteísmo como el comienzo. Según ellos, los hombres no hubieran llegado al politeísmo sino apartándose «del verdadero Dios». Los segundos, por el contrario, representan el *politeísmo* como el comienzo y el *monoteísmo* como el progreso de la humanidad. Ninguna de estas aserciones es completamente exacta: cada una de ellas tiene algo de verdadero.

Hay dos hechos sobre los cuales podemos apoyarnos para resolver esta cuestión. El primero es la tendencia del espíritu humano á simplificar el más allá de los sentidos, á reducir á un *minimum* los enigmas que le rodean. Estas partes, en la ciencia y en la filosofía, es lo que han hecho crear la famosa «fuerza vital»; es lo que impulsa á los filósofos á buscar «la cosa en sí», y que en sus últimas consecuencias acaba por dar en el *monismo*. El segundo hecho es universalmente comprobado por Lippert: la amalgama de elementos étnicos heterogéneos es la principal causa del politeísmo; las divinidades de los diversos elementos étnicos se mantienen entremezcladas, bien que en mayores relaciones de subordinación y superioridad.

De estos dos hechos deducimos en primer lugar que, en virtud de la tendencia del espíritu humano por simplificar las causas de los fenómenos para sus necesidades, las primeras hordas humanas no han rendido culto más que á dioses aislados. Pero no nos detenemos en esto: concluimos también que esta tendencia no ha dejado jamás de manifestarse en todas partes en que la amalgama de los elementos étnicos

ha dado al politeísmo una extensión, por decirlo así, superficial (1).

Así, en la serie de concepciones religiosas no encontramos, como hemos encontrado en otros dominios, una dirección constante, ya progresiva, ya retrógrada. En lugar de esto se ve, como en todos los procesos naturales, una perpetua oscilación: aquí una alternativa interrumpida (manifestándose, á la verdad, bajo formas las más diversas) entre el monoteísmo y el politeísmo. Al principio de nuestros conocimientos históricos, es decir, en una época histórica muy tardía, encontramos el politeísmo en las amalgamas étnicas: esto parece justificar la opinión de Hume y de otros filósofos. La tendencia que hemos mencionado ya como propia del espíritu humano no tarda menos en aparecer. Es verdad que no se manifiesta en un principio más que en personas felizmente dotadas; un Confucio, un Buda, un Moisés, un Sócrates y otros privilegiados. Por efecto de esta tendencia apareciendo en diferentes épocas, el monoteísmo acaba por imperar. Sin embargo, no atrae á sí más que una ínfima minoría, aquella en que es más elevado el nivel intelectual. Es muy difícil á las masas separarse de la superstición. Todo monoteísmo entre ellas degenera siempre en un politeísmo por variada que sea su forma. En cuanto al

(1) Hume, y después de él muchos sabios, comprueban que cuanto más nos remontamos en el pasado, más repartido encontramos el politeísmo. Este hecho innegable se explica fácilmente: nuestros conocimientos no se remontan bastante lejos; no podemos llegar hasta las bandas primitivas exentas de mezclas; no podemos traspasar las amalgamas étnicas. En cuanto á ese monoteísmo primitivo del cual la humanidad pecadora se ha apartado en su decadencia los filósofos que han admitido este monoteísmo de los pueblos en el estado de la naturaleza, casi no han tocado ni desflorado siquiera la verdad.

monoteísmo ó monismo filosófico en toda su pureza, queda totalmente ininteligible para las multitudes; así, en este dominio vemos una lucha perpetua entre el monoteísmo vulgar bajos sus diversas formas, y el monoteísmo ó monismo de los grandes fundadores de religiones y de los grandes filósofos.

Si debiese llegar un día en que el desarrollo social de la humanidad alcanzase realmente á una forma social aglomerativa que abrazase á toda la humanidad, entonces y solamente entonces podrían cumplirse las palabras del Evangelio relativas á un rebaño único y á un solo pastor.

¡Pero qué de camino todavía por recorrer!